

Año XXXIII

Madrid, Jueves 20 de Marzo de 1913.

Núm. 12.

AGRIDULCE

Hace algún tiempo venía yo notando que mi vista se acortaba, y hallábalo muy natural y justificado: once ó doce horas el día que menos, y catorce ó quince algunos, usando y abusando de ella, ya leyendo, ya escribiendo, ya corrigiendo pruebas, ya coordinando y seleccionando trabajos, y esto durante cuarenta y tantos años, debían forzosamente sugerirle á mi vista la idea de vengarse de mí.

No decía yo nada á los que me rodean por no disgustarlos, ni consultaba á ningún especialista por miedo á que me digiera: «deje usted de escribir, ó no escriba tanto.» Sabía que me era imposible obedecerle, y me reservaba para apelar á él en último extremo; mala costumbre que he tenido siempre, aun en aquellos asuntos en que el retraso en la ejecución podía imposibilitar el remedio.

Como salgo poco, y casi siempre escribo á la misma luz, no advertía bien cómo estaba; pero voy hace noches á la reunión celebrada en *El País* para promover una acción anticlerical tomando pretexto de lo del Catecismo, y al entrar en el salón comienzo á ver muy borrosas las figuras de los concurrentes que me eran más conocidos. Y entonces me digo: «Malo anda esto. Hay que ver ya á un oculista, para saber por lo menos para cuanto tiempo tengo cuerda visual.

Pienso en el doctor Castresana, del Instituto Oftálmico, á quien he oído elogiar mucho, y me enteró de que es también el oculista de la Asociación de la Prensa; encamínome el viernes á la calle de Pérez Galdós, donde vive; me examina bien estos ojos que parecen decididos á presentar la dimisión cansados de mirar en vano hacia el camino por donde debería haber venido ya la República, y exclama:

—Tiene usted lo mejor que puede tenerse hoy en las enfermedades de la vista: cataratas. La del ojo derecho está muy adelantada: vuelva usted allá por el mes de Mayo, y calcularemos cuándo podrá ser operada.

Quedé estupefacto al oírle, por haber estado siempre en la creencia de que eso de las cataratas era lo peor en las enfermedades de los ojos, al par que contento de haberme equivocado. Sin embargo, confesaré que sufrí una pequeña contrariedad: la de que, curándome Castresana, no podría ya codearme en la Historia con los ciegos inmortales, Tobías, Homero, Milton, ni los demás que en el mundo fueron. Mas me consolé pronto, pen-

sando filosóficamente en que cien soles en el cielo de la inmortalidad no valen lo que un tibio rayo de luna en este valle de lágrimas.

Y eso que, para lo que hay que ver en estos tiempos, casi no merecía la pena de operarse. Frailes por todas partes, hermanas de la caridad, jesuitas, clérigos, todas gentes fúnebres, antipáticas, negras... Conventos, iglesias, capillas... Esto por una parte. Por otra, madres anémicas, niños escuálidos, obreros demacrados... Automóviles á las puertas de los templos; furgones municipales á las de las casas-tugurios habitadas por las víctimas de la miseria. Procesiones de imágenes de palo con trajes lujosísimos bordados de seda, oro y pedrería... Coches de obispos atropellando niños descalzos, aunque bautizados... Si; para ver todo esto, y cien cosas por el estilo, no merecía realmente la pena de pedirle á la ciencia que interviniese en el asunto de mis ojos.

Mas como pudiera ser que, por circunstancias imprevistas ó necesidad imperiosa, la bandera de la República ondee viviendo yo en los edificios nacionales, consiento en que el célebre doctor Castresana me opere. Sentirla irme sin ver con los ojos del cuerpo lo que he visto tantas veces con los del espíritu: el espectáculo grandioso de un pueblo que llena las calles lanzando gritos de esperanza que repercuten en los corazones de quienes han hambre de pan y justicia, y que á la vez espantan las aves negras que oscurecen hoy el horizonte español. Sin esto, maldito lo que me importaría pasar lo que me resta de vida en una penumbra que ayudase á mi fantasía á dar á su capricho contornos á lo invisible...

Pero advierto que le voy dando tonos semitrágicos á este artículo, (*primero que he dictado en mi vida*, como ensayo para ver si logro prevenir probables contingencias), y voy á terminarlo dando á mis queridos compañeros de plumero este consejo:

«Aprended con tiempo á tocar la guitarra, para que podáis saborear anticipadamente las dulces satisfacciones que hoy no puedo yo tocar por imprevisor: las que debe sentir todo el que tiene el porvenir asegurado».

JOSE NAKENS

Socio de un Banco y con cuenta corriente

¿Que quién es ese mortal afortunado?
Un servidor de ustedes.

El día 11 del actual llevé á *El Hogar Español* mil pesetas de la suscripción de

la *Cruz Roja Republicana*, haciéndome socio de paso por diez mensuales, sin cuyo requisito no podían admitirla.

Y hème aquí ya socio de un Banco y con cuenta corriente: el sueño de la mayoría de los españoles.

Tengo un placer inmenso en comunicárselo á mis lectores, para que vean que, aunque un poquito tarde, he entrado por fin en la vida de Bancos, cuentas corrientes, etc., etc.

Las damas españolas

—Háganse ustedes cargo, señoras— ¡ijo el conde de Romanones— que España e tá entre dos Repúblicas, la de Francia y la de Portugal, y no hay que olvidar esto.

—Pues, ¡por eso!—gritaron todas.—P. r es: para que no se establezca «qui también la República, debemos trabajar. El que usted sigue es el o mío para que venga. No queremos que se llegue á la desmoralización á que han llegado otras naciones, por eso damos este paso.

(Las Estropajosas al jefe del Gobierno.

Nota de la prensa del día 14.)

Al leer la indignada previsión con que las hembras descendientes de la nobleza solfeada por el arzobispo de Toledo en el *Tizón de la grandeza*, al hablar de *desmoralización* al jefe del gobierno, el ánimo siéntese tentado á averiguar lo que por moralidad entienden estas ilustres señoras.

Porque, lo que ellas decían al presidente del Consejo: «vengan acá las mujeres liberales españolas y veremos quiénes son»... como diciendo: «¿de qué raza y pelaje pueden ser las mujeres que en España no son católicas? ¿Qué vale su sangre al lado de la nuestra? Nosotras representamos la flor de la moral...»

Y en efecto. Examinando las genealogías de nuestra aristocracia, damos de bruces son aquellos excelsos modelos de virtud, que llenaron de hijos sacrilegos los palacios episcopales, las casas de los canónigos y los claustros de los conventos. Los Castilla, los Mendoza, los Borja, los Fonseca, el propio Cisneros, y ¡nada digamos de la nobleza pontificia!... Los Galeazo, los Sforza, los Colonna, los Caraffa...

A vista de tal herencia ¡no podrían con mejor derecho asumir el carácter de representantes de toda la inmoralidad histórica, de todas las bastardías, de todos los sacrilegios, de todas las simonías, de

todo adulterio y de toda hipocresía gazmoña?

Con una jactancia tan poco elegante como atrevida, han dicho al presidente del Consejo: «Nosotras traeremos comisiones numerosísimas de HONRADAS MUJERES del pueblo.»

¿Es que las que no vayan con ellas no son honradas? Porque, á fe mía, no es patente muy autorizada la que por sola virtud de su linaje y casta, puedan otorgar las descendientes de Julia Farnesio y doña Olimpia.

Si de los remotos tiempos venimos a los presentes, la moralidad de la *mujer española* dista mucho de obtener en la opinión extranjera la reputación que suponen las medallas y escapularios con que se engalana. Para medirla con el metro inexorable de la estadística, el profesor de Munich, Dr. Koestner, ha invertido veinte años en echar las cuentas publicadas en la revista *La Vie*, de las cuales resulta que de cada 100 mujeres, son infieles á sus maridos:

En Alemania, 7.
En Bélgica, 6 4/5.
En Inglaterra, 5.
En Austria, 4 1/2.
En Escandinavia, 2.
En Francia, 1.
En España, 7/8.
En Portugal, 5/5.
En Servia y Bulgaria, 2/3.
En Grecia, 5/5.
En Turquía, 1/3.

Como se ve, á las casadas españolas se les asigna el primer sitio del trono de este alar de la infidelidad conyugal, así como las ilustres damas de Estropajosa recaman el primer asiento en el altar de la religiosidad católica.

Si damos por exactas las referencias del sabio bávaro y si no hemos de suponer á nuestras damas ignorantes de la realidad moral de España, habremos de sacar en consecuencia que la primacía moral que no quieren perder... es esta: la de poner velas á los Santos, (en cuya faena nadie aventaja á la mujer española), y en ridículo á los maridos. Muy católicas y muy infieles.

Lástima que el Conde de Romanones no leyese a la banda de Estropajosa este balance del doctor monacense, para acabar con este apóstrofe: «Damas españolas... ¿cuántas sois? ¿Mil?... Pues dignen-se adelantarse las setenta y ocho casadas infieles á los maridos, que corresponden á España según esta Estadística.

En el propio estudio aparece que, así como España, nación católica por excelencia y monárquica consagrada, es la que lleva el pendón de la infidelidad conyugal, así, Francia, nación republicana y atea, es la que lleva el pendón de la fidelidad.

Por lo cual, el lenguaje de las damas al jefe del Gobierno, queda traducido por la Estadística á esta protesta solemne:

—«¡No queremos *dosmoralizarnos* como las francesas, de las cuales sólo una mujer por ciento tiene la virtud de faltar á su marido. Queremos la virtud monár-

quica y católica de nuestra España, en donde por cada francesa tenemos ocho mujeres infieles.

¿Cuales son éstas? ¿Son las más católicas de las que están alborotando al Gobierno, ó son las anticatólicas que se suman á los anticlericales?

Anticlericales no pueden ser, pues, según las Estropajosas, no llegan al 7 por 100 las mujeres españolas no católicas. ¿Dónde iremos á buscar, pues, estas esposas infieles? ¿En las iglesias y sacristías?

He aquí por dónde la mujer española va á adquirir una nueva fama mundial; es la más libertina y la más antiliberal. Reniega de la libertad y profesa el libertinaje. ¿Por donde, en este estudio conjunto, la medalla resulta símbolo simultáneo de catolicismo y de licenciosidad!...

En cada mujer española hay ocho céntimos de infidelidad conyugal, y noventa y dos de fidelidad frailuna.

En cada francesa hay noventa y nueve céntimos de ateísmo y sólo uno de infidelidad.

Tenemos, pues, la *moralidad española*.

Pan y toros entre los devotos.

Agua bendita é infidelidad entre las devotas.

S. PEY ORDEIX

Gabino Ronda

Sepan los excelentes republicanos que en Barcelona conservan vivo el recuerdo de aquel amigo que ido, tan hombre, tan digno, tan honrado, tan enérgico, tan entero, que el día 17 del actual, aniversario de su muerte, estuve unido en espíritu con ellos para tributar á su memoria el homenaje merecido, y reiterar á su señora, que á Buenos Aires se fué, el pésame más sentido.

Pensando en tantas decepciones, tantos acomodamientos y tantas miserias como hoy vemos, consuela y fortalece pensar en los hombres que lucharon sin transigir, ni ceder ni encanallarse.

JOSE NAKENS

Los maestros... clérigos sin misa y sin olla

LA ENSEÑANZA DEL CATECISMO

Id á enseñar á las gentes...
Dejad venir á mí los niños...
Cristo á sus ministros.

Pues, señor: no había más que dos sacramentos en aquel tiempo, y dos funciones sacerdotales: enseñar y bautizar; los dos únicos fundados por Cristo; y no había más, ni recibieron más los apóstoles. Todos los otros sacramentos inventáronlos los sectarios porque les plugo, y les plugo inventarlos porque les convenía.

A partir de aquel punto, la sociedad cristiana llamada también secta é Iglesia, se dividió en dos: docente (*que enseña*) y discente (*que aprende*).

Y ya estamos en el cogollo de la cuestión palpitante en toda Europa: porque la cuestión del Catecismo en la escuela, no es sólo de España, sino de todas las naciones donde el Vaticano tiene partidarios.

¿Los maestros de escuela, pertenecen á la *Iglesia docente* ó á la *discente*?

Sacerdotes... sin sueldo.

Las hembras que por la mañana llenan las iglesias de los frailes con la cara cubierta, y por la noche lucen sus escotes en los bailes elegantes; eso que se llaman *damas* y *señoras* por no llamarse mujeres como su madre carnal Eva, ó como su madre espiritual la Madre de Cristo, que ni fué señora ni dama, estas hembras hanse organizado en ejército para obligar al gobierno á sostener en la escuela el Catecismo obligatorio.

Y digo.

La enseñanza religiosa es una facultad privativa del clero, que la ha reclamado siempre como propiedad suya.

Por ejemplo: las cátedras de Teología, que son cátedras de Catecismo como las otras, monopolizadas están con monopolio feroz.

Las cátedras de Religión en los Institutos y Normales, reclamadas fueron por los obispos que no se fiaron de los seglares para enseñar el Catecismo á los maestros y bachilleres y exigieron clérigos.

Los obispos lombardos, en 1859, cuando el gobierno de Austria quiso imponer en la escuela el Catecismo, publicaron una pastoral colectiva protestando contra la usurpación de esta función sacerdotal, de parte de los maestros legos.

Y todo por esta razón óptima. Si los maestros son *legos* en religión ¿cómo van á enseñar religión?

Mas, henos aquí ahora con la cuestión invertida. Se quiere obligar al maestro á ser «doctor» de la «doctrina» eclesiástica.

Abiertas tienen las escuelas los párrocos para entrar y salir cuando quieran. Autoridad oficial tienen como miembros natos de las juntas de instrucción. Ellos sobre las escuelas municipales, como los obispos sobre las escuelas superiores... puestas por el Concordato bajo su fiscalización.

¿Qué ha hecho el sacerdocio con esta *función* y facultad que le han concedido las leyes? ¿Qué párroco se ha tomado la molestia de visitar la escuela de su parroquia? ¿Cuál obispo ha ido á las cátedras de Universidad?

Sólo en las Normales é Institutos el clero ha querido *enseñar* la doctrina cristiana... pero ¡ay! para lograr en cada provincia un par de clérigos para este oficio, ha sido antes menester que se les fijase sueldo...

Del cual ejemplo eclesiástico se deduce, que la enseñanza de la doctrina *no es un sacerdocio, ni una vocación*, sino un oficio, que como todos está sometido á



la ley de Sancho Panza: «oficio que no da de comer no vale dos habas».

En virtud de la cual ley, si el Estado español ha querido Catecismo en las Normales é Institutos, hase visto forzado á poner antes las habas en el pesebre clerical.

¿Por qué, pues, se pretende imponer al maestro el oficio de doctor de la Iglesia, sin antes fijarle las habas?

Antes bien parece, que el Catequista de cada pueblo es el cura que cobra las habas... Y aquí del dicho de San Pablo: «quien al altar sirve, del altar ha de comer.» Si esto es justo, más justo será esto otro: «quien del altar coma, al altar sirva.»

O sea: el cura que come las habas del oficio, vomítelas él en hojas de Catecismo. Lo contrario, es pegársela á los maestros, á quienes se obliga á cardar la lana para que el cura lleve la fama.

¿Verdad que es menguado el oficio?

El maestro hace el borrego, y el cura lo traquila... ¡Oh, sacerdotes del Señor!... Esto no parece apostolado de Cristo, sino mañica de Monipodio. El cura á las tomas, y el maestro á las dacas. Monipodio sabía mucho.

R. MAYOL

Acción anticlerical

Mis lectores tendran noticia, por la prensa diaria, de la agitación que en ambos campos beligerantes, clerical y anticlerical, se está produciendo.

Sobre la parte de los anticlericales debo decir, que si se trata de inaugurar una campaña tenaz que comience por el Catecismo y acabe por la Biblia, todo me parecerá poco. Ya es hora de despertar del sopor en que duerme el liberalismo español, y de que se cambie la táctica que nos ha llenado de frailes, de hambre y de epidemias.

Pero si se trata de «continuar la historia de España» cada cual por su lado, haciendo los anticlericales el papel de coletarios del jesuitismo que han estado representando, mejor fuera confiar á la escoba del pueblo el barrido general definitivo, ya que los plumeritos en usanza solo sirven para levantar polvo que nos apesta, en vez de sacudir la basura al arroyo.

¿Se hará algo práctico? No lo sé. El elemento intelectual parece decidido á lanzar su genio á la batalla. Los oradores están cargando de indignación las carabinas de sus pechos para dispararlas en fogosos discursos.

Tendremos ideas y palabras: cerebros y lenguas. ¿Y los puños? Porque está visto que las murallas de la Jericó clerical no se derrumban al son de nuestras trompetas, ni siquiera de nuestros trombones.

La acción anticlerical no puede reducirse á meditar en contemplación mística los estragos de la patria, ni á cantar lamentaciones y lanzar blasfemias: hace falta algo más; hace falta enseñar la es-

fica que es la que refrenda en la práctica los bellos discursos y los santos proyectos.

¿Se levantará la estaca?

De pronto se ha consignado demostrar que el sentimiento anticlerical es patrimonio general y exclusivo de todos los partidos antimonárquicos.

Este sentimiento ha logrado poner en contacto á elementos que parecían incompatibles.

Que este encuentro traído por el azar, no sea de despedida, sino de saludo y abrazo para la inteligencia cordial en la acción general necesaria para que veamos desaparecer ante el monstruo clerical la sombra de nuestras rencillas.

¡El clericalismo, he aquí el enemigo! Hay que aplastar al Vaticano, en su soberbia ambición de tener á España aplastada por la Sandalia Pontificia.

Y si no ¡execración para los que deben hacer y no hacen!

EL CANDIDATO

Yo sí contar hace muchos años un cuento que me pareció absurdo. Erase un hombre que se quedó tuerto y al que su familia, para no verle tan feo, hizo que le pusieran un ojo de gato. Arregláronle al culto el ojo, pero le estropearon la vista, porque ya durante su vida no vió más que ratones.

Hoy este cuento no me parece tan inverosímil. El aspirante á diputado es un hombre á quien le ponen ojos de candidato; ese desgraciado no ve más que votos.

Un hombre suele tener amigos y enemigos, deudores ó acreedores, padres é hijos; un candidato no tiene más que votantes. Si ves estos días de elecciones á un hombre que atraviesa la calle con aire pensativo y que va á dar con la cabeza contra una esquina, no creas que es un distraído, es un candidato. Pero es que para ese hombre una esquina es una urna electoral. Lo veréis detenerse ante una tienda de ultramarinos y exclamar con indignación. «¡Ah! ¡El repugnante embuchado!» Tendrán un ascó invencible por la chacina, y se morirá de hambre antes que tragarse un embuchado de cerdo, por bien sazonado que esté.

El candidato es un hombre terriblemente desgraciado. No le habláis de nada que no sea ley electoral, escrutinio, rondas volantes, candidaturas y esas otras mil zarandajas que tienen complicada la vida, pero si le habláis de esto os contestará rápido, dará gritos, os citará cifras, se enfurecerá... ¡Pobre candidato! ¡Y pensar que es así por el cariño de sus electores! «¡Quien bien te quiere te hará llorar!» ¿Por qué llamaron estúpidos á estos sabios refranes?

¡Pobre candidato! Yo te compadezco en mi persona, que ya-hubiera huido de pompas y vanidades si no estuviera impulsada por la fuerza del ideal. Pero allá lejos, como una lucecita incierta á través

del bosque, ve el candidato que lucha con el sufragio del pueblo una idea brillante que alu ubra el camino por donde van él y los que le acompañan. Es la tierra prometida, tierra amable y deseada, de igualdad y de libertad. Para llegar á ella no hay más que dos caminos: el uno lleno de bayonetas: el otro lleno de votos.

J. RODRIGUEZ DE LA PEÑA

Más herejías

Los ciudadanos ingenuos, desvalidos é ignorantes, sabemos de las Diputaciones provinciales porque intervienen é intervinien en las quintas, por el arriendo de la Plaza de Toros, y porque para «meter» un chico en el hospicio ó un enfermo en el hospital, la recomendación mejor es la de un diputado provincial.

Los ciudadanos desvalidos, pero no demasiado ingenuos ni excesivamente ignorantes, porque lo leemos en los papeles, sabemos que en estas Diputaciones—ó en algunas y en algún tiempo—ocurren cosas muy raras. Contratistas de víveres para hospitales ó asilos que se declaran en huelga porque no cobran en años; nodrizas que dan el pecho á dos, tres y aun cuatro criaturas y que tampoco cobran; respetables señores con toda la barba que sí cobran como nodrizas; oficinas con tantos ordenanzas, que de asistir todos cada funcionario dispondría de un par de ellos; imprentas-escuelas con un obrero combinador de colores para... imprimir siempre en negro y cobrar cuatro ó cinco ó seis pesetillas.

Los infelices sin aspiraciones ni pretensiones, aunque algo ilustrados, sabemos asimismo que la Inclusa de Madrid depende de la Diputación, y que en la dicha Inclusa, de cada 1.000 niños que en ella entran ó nacen, fallecen 336, ó sean 266 más que en los barrios ricos y 172 más que en los barrios paupérrimos.

Y los ciudadanos del montón que andamos por esos periódicos, sabemos así mismo, un poco vagamente, que las Diputaciones provinciales sirven para que perciban dietas los señores diputados que asisten á las sesiones, y para que las perciban con más frecuencia—y conste que estamos dispuestos á rectificar—los dignos representantes de la provincia que forman la comisión permanente.

De igual modo sabemos que un señor que fué diputado provincial y de la comisión permanente, tiene ya la inteligencia, habilidad, capacidad, aptitud y condiciones de mando suficientes para ser gobernador civil de una provincia...

Es posible que las Diputaciones provinciales sirvan ó puedan servir para algo más; es seguro ó presumible—¡hay que andar con tiento en esto de afirmar ó negar categóricamente!—que cuando sea ley el proyecto de mancomunidades la «esfera de acción» de estos organismos sea amplísima.

Pero...

Se han efectuado unas elecciones para

que las vacantes que dejarán unos ilustres señores diputados provinciales sean cubiertas por otros señores no menos ilustres, señalados por la libérrima voluntad del pueblo soberano, salvo los nombrados por obra y gracia del artículo 29. que... total, igual.

El autor de este articulejo, que es elector—es decir, soberano, aunque le esté teo decirlo,—que votó, sin que nadie tratara de cohibirle ni de sobornarle, declara aquí sincera y lealmente—y salvando con todo respeto las personas de los que fueron candidatos sin pretenderlo, sin desearlo y sin esperar—que las palabras Democracia, Libertad, Moralidad y República que emplearon unos en arengas y s firmar, y los conceptos Orden, Administración, Moralidad también y Monarquía, de que usaron otros, le han dicho muy poco en este caso concreto.

Tan poco, que ó las nociones arriba apuntadas sin cuanto hay que saber de las Diputaciones provinciales, y en tal caso nada tiene que objetar, ó los señores candidatos nuevos, los candidatos de retorno y los eximios diputados provinciales que aún no caducan, pero que ayudaron á su partido, reservan sus conocimientos, estudios, propósitos y soluciones para mejor ocasión, y ello parece lamentable é incomprensible.

En crudo—y salvando la excepción de un modesto periodista socialista, que no era candidato, y que habló en reuniones públicas:—ni los que hay dentro de la Diputación, ni los que aspiraban á seguir en ella, ni los que por su voluntad ó por mandato de su partido—y éstos son los únicos que tienen alguna disculpa—han demostrado idoneidad, preparación, competencia, ni siquiera haberse enterado.

Y así, ni se conquista opinión ni se la forma.

J. J. MORATO

EXORCISMOS

En todas las religiones, dice Bergier, ha estado en uso el exorcismo, puesto que todas han creído en los seres infernales, por ellas creados para asustar á los creyentes.

Imaginaron poder ahuyentar los malos espíritus por los olores, las fumigaciones, por la n.ú.ica, por nombres y palabras que los espantasen y por los encantos y amuletos.

Los filósofos orientales imputaban á los demonios los vicios y las malas inclinaciones de los hombres. En idéntica creencia estaban los hebreos, al menos en los tiempos próximos á la venida del Mesías.

Jesús confirmó la creencia diciendo del monomaniaco que estaba poseído de una legión de demonios, á cuyos malignos espíritus consintió que salieran del cuerpo del endemoniado y penetraran en multitud de cerdos que se ahogaron en el mar, con grave quebranto del dueño de los marranos (San Lucas, VIII, 30).

Al demonio atribuyó la esterilidad de

la palabra de Dios en el corazón de los pecadores, la traición de Judas y la incredulidad de los judíos. No solamente arrojaba los demonios del cuerpo de los poseídos, sino que dió á sus discípulos la potestad de nacerlo en su nombre, y así lo realizaron, probando los más antiguos apologistas á los paganos la divinidad del cristianismo precisamente por la potestad que los cristianos ejercían sobre los demonios.

A ejemplo, pues, de Jesucristo y de sus apóstoles, se introdujo y perseveró en la Iglesia el uso de los exorcismos.

Estos se dividen en ordinarios y extraordinarios. A la primera clase pertenecen los que se hacen antes de administrar el bautismo, en la bendición del agua, de la sal, etc., y á la segunda los que se emplean para liberrar á las personas poseídas del demonio.

En la actualidad, dice un autor católico, afortunadamente los casos de posesión son raros, y no deben prodigarse los exorcismos sin tener graves fundamentos acerca de su necesidad. Para ello se requiere licencia especial del obispo.

Pero es sabido que los curas exorcisan á tutiplén por esos pueblos y ciudades, sin pararse en barras con tal que les suelten la mosca. No hace mucho tiempo pudimos leer en un periódico, según testimonio del *Duende de la Colegiata*, que en Bilbao practicaba el exorcismo un cura mediante el módico interés de una peseta, lo que demuestra cuánto se prodigan y cuál es el atraso é ignorancia del pueblo, y de lo que no es pueblo.

He aquí el modo de exorcisar un espíritu, que brindo á D. Ramón del Valle-Inclán, muy erudito en la materia:

Ante todo, es preciso ayunar tres días consecutivos, mandar decir algunas misas y orar mucho; después llamar á cuatro ó cinco sacerdotes devotos, y *aun mejor* si son monjes «que estén bien desengañados y libres de todos los cargos de este mundo», á fin de soportar con más serenidad el horror de que han de ser espectadores.

Tómese una vela bendita del día de la Candelaria, la imagen de Jesucristo, agua bendita y el incensario. Se acerca el exorcista al lugar, persona ó animal donde se alberga el espíritu recitando los salmos penitenciales y el evangelio de San Juan; se arrojan todos, y con voz tan humilde como fervorosa, se pronuncia la siguiente oración.

(Hago de ella caso omiso, porque es muy larga.

Siguen después las preguntas:

—Rogámste en nombre de Nuestro Señor, que nos digas quién eres, qué quieres, á quién deseas hablar, *cuántas misas*, ayunos, limosnas, etc., exiges.

El espíritu acostumbra á responder cómo no?, excepto en las cuestiones que cree fuera del caso.

Esta especie de exorcismos no sirven más que para aparecidos y espíritus de buen agüero, pues los demonios son seres más difíciles de domeñar, pues algunos la emprenden á mamporros con todo

cristo y arman mil zapatistas, sin respetar ni la sacra coronilla de los exorcistas.

Se atribuye nada menos que á San Cipriano, obispo de Cartago, el modo de conjurar á los diablos más principales. Exige muchas ceremonias, continuadas plegarias, fumigaciones de azufre, etcétera. Las oraciones se hacen según el ritual.

Y terminaremos con una donosa historia de las muchas que pueden leerse en los libros escritos para instrucción y edificación de los crédulos, digo, de los creyentes.

Conjurando á un pobre hombre que tenía la desgracia de estar poseído, mostrábase el diablo muy pertinaz, y ni los *oremus*, ni el agua bendita, ni los repetidos exorcismos, le decidían á alejarse.

No obstante, el fraile que hábilmente atormentaba al diablo, no perdió las esperanzas, y al cabo de constantes esfuerzos, vióse el réprobo obligado á desalojar, suplicando, como última gracia, que le permitiesen, al menos, entrar por segunda vez en el cuerpo del paciente, para castigarle de ciertos desacatos cometidos recientemente. Muy razonable era esta demanda, y el ministro del altar, que apreciaba los buenos modales, y que nada negaba si se lo pedían cortesmente, consintió, desde luego, en las piadosas intenciones del demonio, regocijándose interior y caritativamente de poder dar una leccióncita al pecador; pero sólo accedió con la condición de que había de introducirse por donde se descomen.

Temblando el paciente, fué á sentarse al momento en la pila del agua bendita, y apoderándose del hisopo, exclamó:

—¡Entra ahora si te atreves, pariente de Judas; ya te preparo el pago!

De modo que no pudiendo salirse el diablo con la suya, se retiró blasfemando, con gran horror de los circunstantes.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona, Marzo 1918.

Pastores y ovejas

Cuando todos éramos ovejas, los obispos eran nuestros pastores; no porque ellos comieran migas y nosotros yerbas, sino porque nos llevaban amorosamente á pasear por los celestiales prados, nos tenían en el redil hasta que el calor del sol de la verdad hubiese evaporado el insano rocío del error, y nos libraban del lobo, que es Satanás con todas sus tentaciones.

ROBERTO ROBERT

Judas

El destino de Judas de Kerioth nos sumerge en un abismo de admiración. Porque al cabo ese hombre vino para cumplir las profecías: era preciso que vendiera al hijo de Dios por treinta dineros. Y el ósculo del traidor, es como la lanza y los clavos venerados, uno de los instrumentos necesarios de la Pasión. Sin Ju

das, ni se hubiese realizado el misterio ni salvado el género humano. Y sin embargo, es opinión constante entre los teólogos que Judas se condenó. Fúndanla en esta frase de Cristo: «Más le valiera no haber nacido». Esta idea de que Judas perdió su alma trabajando por la salud del mundo, ha sido el tormento de muchos místicos cristianos, y entre otros el abate Egger, primer vicario de la catedral de París. Este sacerdote, que poseía un alma llena de piedad, no podía soportar la idea de que Judas padeciese en el infierno las eternas penas. En él pensaba constantemente, y sus angustias crecían con sus perpetuas meditaciones.

Llegó á creer que el rescate de aquella alma desventurada interesó á la divina misericordia, y que no obstante la obscura palabra del Evangelio y la tradición eclesiástica, el hombre de Kerioth pudo salvarse. Las dudas se le hacían insostenibles y quiso aclararlas. Una noche de insomnio, se levantó y entró por la sacristía en la iglesia desierta, donde las lámparas ardían perpetuamente rodeadas de tinieblas. Prosternóse ante el altar mayor y oró así:

«Dios mío, Dios de clemencia y de amor: si es cierto que has recibido en tu gloria al más desventurado de tus discípulos; si es cierto, como lo espero y quiero creerlo, que Judas Iscariote está sentado á tu diestra, ordena que descienda hasta mí y que él mismo me anuncie el más grande milagro de tu misericordia.

«Y tú, á quien maldicen desde hace diez y ocho siglos, y á quien yo venero porque has preferido el infierno para ti solo por reservarnos el cielo, macho cabrío emisario de traidores y de infames, ¡oh Judas!, ven á imponerme tus manos para que pueda consagrarme al sacerdocio de la misericordia y del amor!»

Terminada esta oración, el sacerdote, prosternado, sintió como dos manos que se posaban en su cabeza cual las del obispo el día de su ordenación. Al siguiente anunció su vocación al arzobispo. «Soy sacerdote de la Misericordia—le dijo,—según la orden de Judas, *secundum ordinem Judas*.»

Y desde ese mismo día, M. Egger se fué por el mundo á predicar el evangelio de la piedad infinita, en nombre de Judas redimido. Su apostolado se abismó en la miseria y la locura. M. Egger se hizo swedenborgiano y murió en Munich. Fué el postrero y más dulce de los cainitas.

ANATOLIO FRANCE

EL MERCANTILISMO ECLESIASTICO

RECETAS PARA GANAR EL CIELO

Quizás nuestros lectores no quieran creerlo; pero un periódico de Francfort acaba de publicar una circular, procedente de un Instituto religioso, que dice al pie de la letra, lo siguiente:

«Tenemos el honor de ofreceros nues-

tro queso, preparado en nuestra casa de X por las manos purificadas de doncellas puras. Como el salario de éstas está reducido á su extremo *mínimum*, os podemos enviar el queso á los precios más reducidos.

Todo comprador de veinte kilos tendrá derecho á una misa de *requiem*, que se celebrará en la capilla del establecimiento. Los compradores al por menor recibirán con cada queso un *bono de reso*. En cuanto se reúnan cinco de estos bonos, bastará enviarlos en carta franqueada á nuestro ecónomo, para tener derecho á una misa.

Como nuestros quesos están fabricados en el interior de nuestra casa por mujeres habituadas á los últimos refinamientos de la limpieza, son de una calidad que desafiá toda concurrencia. Ensayarlos es recomendarlos.

Dirigid los pedidos, acompañados de un giro postal, al Abad B... director de la Casa para las doncellas puras.»

De modo que en todo adelantamos, que es una barbaridad. Antes era menester disciplinarse y emplear toda clase de martirios para ganar el cielo; y aun así, no eran todos los que iban a sentarse á la diestra de Dios Padre. Hoy, para alcanzar la felicidad eterna, basta comer mucho queso.

El día menos pensado nos encontramos con la Residencia de la calle de Juana de Vega convertida en puesto de teñidos de San Simón ó del Cebreiro, para que las devotas, en vista del nuevo sistema de ganar la gloria, no duden de frecuentar el templo. Todo consiste en que se entere el P. Berasaim, quien no consentirá que se le descarrie una sola oveja.

Antes la gloria nos daban con rezos y agua bendita, y, si acaso, una copita de aceite al agua mezclaban.

Hermanas en el Señor, ya véis hoy cómo anda esto: nos la quieren dar con queso ¡y con queso de Francfort!

Tierra Gallega.

Burla... burlando

La sonrisa de Mefisto

Las damas de nuestros días tienen influencia decisiva, según los hombres, en muchísimos asuntos de la vida pública. Claro está, que tanto interés tiene el trajecito blanco de Bebé, como el incendio por las sufraguitas, de una estación de ferrocarril, la conquista del marido ó la protesta contra las medidas liberales (?) del Gobierno español. Pero Bebé está en manos de criadas, y éstas cuidarán del niño.—La conquista del esposo es, ó caridez de cualquier ganapán con sombrero, cazado por las miradas languidas de la niña, ó la habilidad de mamá ó quién sabe si de papá.—¿El voto?—Realmente, mal se comienza por la dignificación femenina de la Excm. Señora Diputada ó Senadora.—¡Ah! ¿Esta en danza la protesta contra cualquier disposición de un gobernante, liberalote, herejillo, impio?...—Entonces, la mujer conocedora de sus derechos religiosos, de la necesidad de

que no sea vulnerada la fe de su confesor, se lanza denodadamente al combate, tan fiera y brava como las sufraguitas que arejean, dan mitines, organizan manifestaciones, etc., etc.—Entonces las damas hacen ostentación de sus mejores toaletas, de sus más delicados vestidos, de su acometividad, movidas por los invisibles hilos del jesuita, del confesor, que, negro y sombrío como el diablo, me ardeónicamente en la sombra del confesionario.—Las señoras, firmes en su convicción de que deben exhibirse, forman Juntas de protesta contra los liberales amanques de cualquier ministro que apenas vale para algo; contra la trata de blanca; contra la tuberculosis; de protección á las muchachas de servicio...—Y por todas partes lucen los hermosos vestidos, los sut móvies; en todos los periódicos aparecen los nombres de las caritativas señoras, de las sufraguitas, de las defensoras de las religiones...—Entre tanto, Bebé está en manos de la nurse, de alguna zafia criada ó ligera doncel a...—Y en todos los actos de las damas, asoma su planete el diablo, y en la penumbra del templo, la cara de Mefistófeles se dibuja riendo... riendo...

—Pero, ¿es así cómo se busca la dignificación femenina, como se consigue el ejercicio de nuestros derechos?—Las damas católicas y las sufraguitas inglesas están corriendo el más pintoresco de los ridículos.—Y la truca sardónica del sutil Mefisto se completa con el desprecio y la carcajada de los ultramontanos. Hay muñecas eucias, monigotes de cartón.—Unas corren en automóvil.—Otras mueven las zancas.—Las burlas, desgranándose en carcajadas, las acompañan.—No es eso... no es eso...

IMPERIA

Ideal Zar goza.

—Mamita, sé buena; no me hagas agujerear las orejas.

—¡Pero, hijita mía, si no duel! Luego, hay que obedecer á los papás: Dios lo quiere.

—Permítame usted, mamita, que lo dude. Si Dios quisiera que yo llevase pendientes, me habría hecho él mismo los agujeros.

Los millones del obispo

Casi van siendo los únicos mortales que al morir dejan tan señaladas muestras de su desdén por lo terreno y de su caridad inagotable. Entran en el obispado pobres con o ratos, miundis de familias proletarias que nunca se vieron hartas de pan, y á los pocos meses de *apostolado* ya compran fincas magníficas, tienen agente de Bolsa y son accionistas del Banco.

Cristo, en sus continuos anatemas contra la riqueza, decía: «No atesoréis en la tierra; hacedlo en el cielo.» Al que responden los obispos con el *aforismo* plebeyo: «No veas aquí penar, que allí no

verás gozar.» ¿De dónde brota tanta riqueza en los palacios episcopales? ¡Ah! Son muchos los canales por donde afluye el oro en aquellas sagradas mansiones: el fondo de reserva, los legados, capellanías, fondos de obras pías, acumulación de misas, sueldo, derechos de la mitra, fincas anexas al obispado, títulos y láminas secretas, inmuebles que escaparan a la desamortización, esponsales, bautizos, cementerios, etc., etc. Allí todo se convierte en oro: desde la cruz que se pone ante una tumba, hasta el permiso para descender el velo que oculta a la custodia. Entra mucho y no sale nada. Jamás veréis acudir los mendigos a los palacios episcopales: saben que es inútil.

Por eso estos santos varones del capisayo, cuyas necesidades materiales pueden reducirse a muy modesta suma, acumulando sin cesar, mueren envueltos en millones, que unas veces se chupa una señora, como la que heredó las millonadas del cardenal Monescillo, otra una sobrina apócrifa y muchas algún paje venusto que endulzó los horrores celibáticos de su prelado y señor.

A veces ocurre que el prelado muere sin haber señalado rumbo a su capital, y aquí entra la lucha entre parientes y los que mangonean la episcopal morada, a ver quién engaña a quién, y puede robar mas. Esto es lo que está acaeciendo ahora en Italia con los millones que ha dejado un obispo llamado Antonio María Rocchetti, y eso que el pobrecito era misionero y en país de infieles. Estaba sujeto a la jurisdicción de la congregación romana llamada de *Propaganda Fide*, y cuando murió, ésta se calzó los millones del apóstol. Sábenlo los herederos y reclaman, y aquí entran la intriga y la truhanería eclesiásticas. La *Propaganda Fide* no sabe dónde ha muerto el obispo, si en China, Siria o Antioquía; es más, afirman que no ha existido ningún obispo que se llame Rocchetti. Los parientes acuden a los registros parroquiales de Sirollo, patria del prelado, y se encuentran con la sorpresa de que en los libros bautismales han arrancado las hojas referentes al año en que nació el obispo. Varios eclesiásticos que se interesaban por los herederos del prelado, han sido amonestados por el Vaticano y otros trasladados a otros puestos. La *Propaganda Fide* afirma y se obstina en que no ha existido ningún obispo misionero llamado Rocchetti; pero ahora un eclesiástico de Roma que está en el secreto de muchas intimidades vaticanas, ha publicado una carta en la que se dice que uno de los presuntos herederos del citado obispo recibió una cantidad de la *Propaganda Fide* para que desistiera de su demanda. A esto responde la citada Congregación diciendo que si existió tal obispo no se llamaba Rocchetti, y que no nació en Sirollo, sino en Codigoro. Allí acuden los parientes y herederos, y se encuentran también con la sorpresa que de los libros bautismales de la parroquia han arrancado también las hojas que corresponden a la época del nacimiento del obispo.

He aquí, pues, un obispo cuya existencia niega la *Propaganda Fide* y que afirman sus parientes y herederos. ¿Cuándo ha muerto? ¿Dónde ha muerto? ¿Dónde está su herencia? Eso se lo calla la Congregación citada; pero los deudos del prelado están interesados en hacerla hablar, y el escándalo es morrocotudo en toda Italia. Creemos que los herederos de Rocchetti no sacarán nada en limpio; la *Propaganda Fide* es un abismo sin fondo que se traga los bienes de los muertos y los de los vivos; como que está explotando a las mismas Ordenes religiosas, cuyos fondos maneja.

FRAY GERUNDIO

Mono de imitación

Un cura había recibido de uno de sus amigos, misionero en el Brasil, un macaco de regalo, animalito que despertaba admiración por su inteligencia. Servía para todo, todo lo aprendía, y a todos imitaba.

El día de la fiesta del patrono de la localidad, el obispo honró al presbítero con su ilustre presencia y el cura se apresuró a hacerle ver al inteligente macaco.

—Verá Su Eminencia cómo me imita en todo. ¿No ve cómo se pone mi sobrepelliz y mi bonete? Luego lo verá arrodillarse y fingir que murmura unas preces.

—De veras que es interesante. ¡Y qué penetración! ¡Qué acierto en sus movimientos! Es exactamente lo mismo que usted, señor cura.

—Mire usted cómo se sienta ahora a la mesa, y como, antes de comer, se persigna.

—¡Pero si parece increíble!

—Todo, todo lo hace lo mismo que yo. Antes de comer la sopa toma un traguito de vino. Mírelo usted.

—¡Se le tomaría por un ser humano!

—Lo que he dicho a Su Eminencia; me imita admirablemente.

En esto entra la criada del cura con la sopea. El mono la coge por las dos orejas y le estampa en el pescuezo un sonoro beso.

El obispo se queda estupefacto y, vuelto en sí, mirando al cura le pregunta:

—¿Y eso... de quién lo ha aprendido?

El cura balbucea, y el obispo se sonríe, pensando a la vez en que él no tendría jamás en su palacio un mono de aquella especie.

TRABAJO LAS ESCUELA LAICAS!

Un alumno de los jesuitas, fraile franciscano, incestuosa con su hermana, alumna de un colegio de monjas.

El hecho ha ocurrido en Viña del Mar, (Chile), en Enero de este año de 1913 y lo cuenta *La Razón* de Santiago, así en su número del 29 de aquel mes:

«El héroe es en esta crónica un fraile

franciscano, fray Marino Stefanini; los detalles del suceso, como siguen:

Hijo de un italiano que hace veinte años salió de su país, Marino se crió y educó en la Península, mientras su padre procuraba ganarse la fortuna a que todos aspiran, no sin que se uniera para hacer vida marital con Luisa Villalón, chilena.

Cuando su padre se vino a Chile, Marino tenía doce años de edad y quedó en el colegio de los jesuitas de su pueblo natal (Italia).

Marino abrazó con entusiasmo la carrera eclesiástica y terminó sus estudios en el Colegio Eclesiástico de Sinigaglia. Una persona influyente consiguió su traslado a Roma, donde debería cantar su primera misa. A esa fecha tenía fray Marino veinticuatro años de edad.

Falto de recursos para llenar los últimos requisitos indispensables para cantar su misa, y esperando recibirlos de su padre, de Chile, ingresó en la Orden Franciscana, en cuyo convento de Roma pasó hasta los veintiseis años, en que su padre le mandó algún dinero, haciéndole presente que era necesario se viniera a ésta, donde podría cumplir con su último requisito.

Así lo hizo, en efecto, fray Luis, y salió de Italia en viaje a América en febrero de 1911.

En el vapor trabó conocimiento con una respetada y acaudalada familia de Potosí, la que le hizo ventajosas proposiciones para acompañarla a Bolivia en calidad de capellán instructor de uno de los niños menores.

Aceptó gustoso y permaneció en Potosí hasta Septiembre de 1912, en que regresó a Chile, llamado por su padre, quien a la fecha vivía ya en Viña con la señora Luisa Villalón, a la que estaba unido por matrimonio religioso desde hace veinte años, más o menos, y de cuya unión había nacido Aida, que ahora cuenta dieciocho años de edad.

Aida fue siempre una buena hija, respetuosa y digna, educada con esmero en las monjas, en Santiago, de donde salió, una vez terminados los estudios y hecha su primera comunión. Regresada al hogar, nunca salió sola, y ni aun la atención del almacén le fué permitida.

Fray Marino conoció a Aida, y en los primeros meses, ocupado, como estaba, de prepararse para cumplir con su vocación, nada le fué dado notar al padre de ambos. Entretanto llegaba el momento, Marino entró como empleado en el Gran Hotel de Viña, a donde iba una hora cada día, más o menos, a hacer en el mimiógrafo la copia de los menús.

Fray Marino vestía el traje franciscano hasta hace unos cuatro meses, en que se empezaron a notar los primeros síntomas de su amor naciente. Entonces, a pretexto de no tener cómo hacerse un hábito nuevo, empezó a vestir de paisano.

El padre, apercibido de las raras intenciones de su hijo, le increpó duramente su conducta, a lo que Fray Marino contestó que estaba cansado de hábitos y de profesión, que amaba a Aida, y que a su matrimonio con ella no había impedimentos, ya que, según la ley de Chile, no eran hermanos.

La madre hizo amonestación semejante a su hija Aida, obteniendo en todo una respuesta semejante, lo que prueba que Fray Marino se había encargado de vencer de antemano, convenientemente, a su cómplice.

Resueltos los padres a tomar una medi-

da enérgica, se procedió desde luego á no tificar á Marino que debía abandonar el hogar, lo que en efecto hizo no sin haber antes quedado de acuerdo con Aida en que había de reunirse.

Aida iba á ser el lunes pasado conducida por sus padres á un convento, pero el domingo por la mañana ya había desaparecido, recibiendo poco después en la casa una carta firmada por ella, pero escrita por él, en la que dice tiene la intención de suicidarse si no se consiente en su enlace, ya que no puede vivir sin su Marino.

Por supuesto, Aida no se ha suicidado, y la policía fué puesta sobre aviso por la propia señora Stefanini, quien hizo las declaraciones de que hemos dado cuenta el martes pasado.

El miércoles recibieron los padres de los prófugos una tarjeta postal en que ellos mismos se encargan de anunciarles que están bien, que es inútil que los busquen si antes no se les perdona, se consiente en su enlace y se les autoriza para volver á la casa.

*
**

¿Es ejemplar el caso? ¿Han resultado moralizaditos los niños, eh?... ¡Válganos San Cucufate bendito! Si esto ocurre con las hermanas, ¿qué no ocurrirá con las primas, sobrinas y demás parientas menores?... ¡Lo que valen los colegios religiosos!...

Hacen el milagro de convertir en maridos á los hermanos. ¡Si tendrán gracia los ejercicios espirituales!

Los mercaderes del templo

El viernes último, desde antes del amanecer hasta después de la media noche, una compacta fila de gentes de toda condición, entre las que predominaban las mujeres, extendiéndose, partiendo de la iglesia de Jesús, pasando por delante de una de las fachadas del Palace Hotel y yendo á acabar en el Paseo del Prado.

Es un espectáculo que se renueva todos los años por esta época, y que constituye una verdadera ignominia, de la que debiera avergonzarse la sociedad culta de nuestro siglo. Al cabo de los años, y á pesar del progreso de los pueblos y de la emancipación de las conciencias, en estos achaques de beatitud y fanatismo andamos, poco más ó menos, como en los tiempos inquisitoriales. No es menester ir á las viejas ciudades muertas para respirar, en sus calles silenciosas, á la sombra de las torres de sus iglesias, el ambiente fanatizado de pasadas centurias; aquí, en la misma corte de España, en pleno siglo XX, se nos ofrece el lamentable cuadro de una multitud embaucada por unos frailes que han tenido la habilidad, para ellos provechosa, de explotar la credulidad de este pueblo madrileño, tan ingenuo y tan confiado.

Yo no soy un demagogo furibundo, ni siquiera un modesto anticlerical; pero, por lo mismo que me tengo por profundamente cristiano, y que entre mis libros admirados ocupa lugar preferente y exclusivo el «Nuevo Testamento», protesto en alta voz contra esas devociones de nuevo cuño, ¡jenas y aun contrarias al espíritu cristiano y á la doctrina de Jesús, y á las que el prelado de la diócesis, un varón tan docto y tan prudente como el Sr. Salvador y Barrera, debiera poner coto, para dejarlas en su justo límite. Puede tolerarse el culto especial á una determinada imagen, aunque siempre será más grato á Dios el culto íntimo de las concien-

cias y de los corazones, «que E. escudriña», como el salmista canta; y así, las efigies de María que en diversos pueblos, como la del Pilar en Zaragoza y de la del Sagrario en Toledo, son particularmente veneradas, bien merecen el amor de los creyentes y el respeto de los incrédulos.

Pero que una muchedumbre se agolpe horas enteras—tres, cuatro y aún más—esperaban muchos el viernes—, y tal vez abandonen los quehaceres de su profesión ó el cuidado de su familia, para subir á un camarín, besar á un Cristo, pedirle tres cosas á cambio de treinta y tres credos y dejar unas monedas en el cepillo de los frailecitos, es cosa que subleva el más tolerante.

El distintivo, la gracia, el azulito—como quiera llamarse—de esta devoción, consiste en hacer crsar á los devotos, y principalmente á las devotas, que pidiendo tres favores á Jesús—precisamente á la imagen de que se trata—el primer viernes de Marzo, y rezando unos credos, el Señor otorga una de las tres peticiones. No puede ser más burda la supercheria, y mentira parece que personas de buen entendimiento y sinceramente religiosas, le den crédito y la fomenten.

Y es que hay gentes que se llaman cristianas y no tienen la menor idea del Evangelio, base y ley única del cristianismo. Y no saben, ó no quieren recordar, que cuando el Divino Maestro andaba por el mundo, decía: «Pedid y recibiréis; llamad, y se os abrirá; venid á Mí los que estáis cargados, y yo os aliviaré.» Y esto, sin limitaciones de tiempo ni de lugar, que siempre es á abierto para los pecadores y para los tristes el costado «donde brotó la sangre que redimió á la Humanidad. ¿Quién se atreve á poner trabas á la efusión de la misericordia divina, concretando el templo, el día y la imagen, para que la oración dé su fruto? ¿Y quién osa imponerse, en cierto modo, á la Omnipotencia, exigiendo una gracia por haberse solicitado otras dos más? La oración ni siquiera necesita templo, que Dios está en todas partes, y Jesús mismo recomienda que no se haga ostentación de ella, al modo de los fariseos, sino que se ore en lo oculto, porque el Padre ve en lo oculto y da á cada cual su recompensa. Esa devoción, tal como se practica, es una verdadera mentira—que algunos hacen con buena intención—de una cosa tan alta y tan inefable como la comunión de los hombres con Dios.

Añádese que hay que rezar treinta y tres credos, en memoria de los treinta y tres años que Cristo habitó entre los hombres. Y aquí viene otra falsa creencia, muy extendida en el mundo católico. El Credo no es oración. Credo no es sino el símbolo de la fe, una confesión que se hace de los dogmas en que se cree.

Pero no debe, «no puede rezarse» el Credo porque el Credo no es una plegaria. La plegaria requiere, como partes esenciales, la invocación y la petición: primeramente saludamos y glorificamos á Dios, y luego le pedimos lo que creemos nos conviene. Y así, ved cómo la oración moldea la que Jesús enseñó á los Apóstoles, el Padrenuestro, ¡entre esas conliciones. Y lo mismo el Ave-maria y la Salve. En el Credo no se invoca á Dios, no se le glorifica, no se impetra favor ninguno; recitadle y veréis como todo él es una declaración de nuestra fe. Nadie, por muy católico que se sienta, y cuanto más con mayor motivo, debe rezar el Credo, ni menos aún treinta y tres seguidos, no que con hacer esa declaración de nuestra fe una sola vez basta. El mismo Catecismo no incluye el símbolo entre lo que se ha de orar, sino entre lo que se ha de creer.

Es, pues, una devoción absurda la de los viernes de Jesús, que por decoro público y por bien de la Iglesia, debiera suprimirse ó, al menos, limitarse. No tiene más fundamento que la rutina tradicional en nuestro país y las predicciones de esos frailes, que, cometiendo un pecado de simonía, á costa de la candidez de las gentes, y explotando la ignorancia de muchos, han hallado medio de llenar el arca de cobre y aun de plata.

A ver si decir á unas beatas que formaban en la «cola» que el año anterior habían recaudado de las limosnas de los fieles, unos cuantos miles de duros. No lo afirmo, porque no soy administrador de esos aprovechados señores; pero no me pareció exagerada la cifra, dada la enorme cantidad de personas que, unas por devoción, otras por curiosidad y alguna por pasar un rato entretenido, se filan ante la imagen.

Cuentan de esta varios milagros. Si Dios, en sus altos designios, quisiera hacer uno para ejemplo y asombro de nuestra generación, yo le pediría que la efigie de Jesús Nazareno, tan inicua y exotada, se animase, tomase vida y movimiento y, repitiendo la escena que el Evangelio nos refiere, se descifrase el cordón de la túnica y echase á latigazos, lleno de tanta indignación, á esos frailes nuevos mercaderes del templo.

MIGUEL DE SAN ROMAN

Acto «antirreligioso»

En la iglesia parroquial de San Lorenzo de Huesca, se unieron en lazo matrimonial la sobrina del concejal republicano D. Lorenzo Fuyola, con el joven ex presidente de la ya extinguida Juventud Republicana, D. Manuel Serrano, conocido por sus discursos en pro de los actos civiles.

El acontecimiento fué un triunfo para la gente reaccionaria de la capital y una bofetada para los que fielmente propagan el ideal que el Sr. Serrano ha traicionado casándose católicamente después de recomendar en sus discursos la guerra contra la Iglesia.

Asistieron á la ceremonia, que bendijo el presbítero D. Antonio Secorún, coadjutor de Sariñena, los librepensadores y furibundos antirreligiosos Sres. D. Lorenzo Fuyola, D. Agustín Delplán, D. José Jarne y D. Francisco Estevané.

El Sr. Serrano y los demás que asistieron á la ceremonia, en cierta conferencia necrológica que se celebró en «Fraternidad Republicana» por el aniversario del llorado compañero Adolfo Sabado, se distinguieron por sus rudos ataques á la chusma negra y recordaron las últimas palabras de aquel compañero. «Confío en que los miembros que componen la Juventud Republicana tomarán de mí ejemplo.»

Al siguiente día el Sr. Serrano y amigos, acompañaron á la última morada los restos de nuestro amigo y correligionario que supo morir fiel á su ideal como hombre.

El Sr. Serrano dijo también en aquella conferencia:

«Descanse en paz el compañero Adolfo Sabado: la semilla que él sembró fructificará.»

Y ya lo hemos visto. Lo que Serrano dijo se ha cumplido yendo él á postrarse ante el altar de una iglesia.

¿Comentarios?—Ninguno. ¿Disculpas por su proceder indigno?—No las hay.

Lo único que podemos decir, y este será nuestro único comentario:

¡Farsantes, más que farsantes!

JUVENTUD REBELDE

Huesca, 8 de Marzo de 1913.

EL MOTIN



Origen y progresos de la actual civilización española.

Ayuntamiento de Madrid

Pauperismo

—Está desahuciada;
no tiene remedio.
—¿Y por qué se muere?—preguntó aquel hombre
con ira, con rabia, con trémulo acento.
—¡Ah!... La pobre niña—
le contestó el médico—
ha sido una humilde violeta, tronchada
por la furia bruta del fragor del tiempo.
No tuvo defensa;
careció de medios
que contrarrestasen
el ímpetu ciego;
y como esas flores que van deshojando
los soplos helados del viento de invierno,
cayó malherida,
su cáliz hundiéndose
en la tierra negra, que es siempre piadosa
y es siempre sudario de todo lo muerto.
—Pero—gimió el padre—,
¡yo no entiendo eso!
¡Yo vivo por ella; yo subo al andamio
y sobre, un abismo columpio mi cuerpo,
para que en mi casa
no falte el sustento
á los que me quieren,
á los que yo quiero!
¡Y aunque el sol me queme la piel de la frente,
y aunque las heladas me crispen los dedos,
yo trabajo á gusto
y lucho por ellos,
que son mi alegría,
mi vida en el mundo, mi solo consuelo!
—¡La anemia la mata!
—¿Cómo?... ¡No comprendo!
—Pues es, Juan, la anemia,
un tigre en acecho,
una bestia horrible, que sólo se nutre
con sangre del pobre, con hijos del pueblo.
—Y los niños ricos,
¿no mueren anémicos?
—Jamás. Son inmunes
al zarpazo fiero,
porque la opulencia aleja á ese monstruo
que clava en tus hijos sus dientes de hierro.
—¿Y hay Dios, doctor?
—¡Hombre!...
¡Yo de eso no entiendo!

El Trabajo

MIGUEL REY

Divagaciones

Cuando se examina una estadística de mortalidad, se observa un fenómeno curioso, y es que en las naciones católicas esta mortalidad por millar de habitantes es, con alguna exención—Bélgica—mayor que en las naciones protestantes.

Cuando se estudia comparativamente las proporciones de la delincuencia, se observa idéntico fenómeno.

Cuando se ve la cuantía media del salario y se relaciona éste con el coste de la vida, pues ídem ídem.

Cuando se averiguan las cifras relativas de iletrados, también encontramos que los pueblos católicos ocupan los puestos de honor.

Cuando se indaga la duración de la jornada de trabajo, se observa asimismo que ésta es generalmente más larga en los países que profesan la única religión verdadera.

¿Qué más? Cuando en España queremos saber qué pueblos son los que dan mayor contingentes de expósitos á las Inclusas ó establecimientos análogos, nos encontramos con que son aquellos donde hay clero catedral.

Luego en las escuelas públicas que sostenemos no católicos y católicos, el «aprendizaje» de memoria del Catecismo y del Fleury, debe de ser mantenido con todo rigor.

**

Lector madrileño: Cuando escribo es-

tas líneas funcionan las iglesias de los barrios pobres enseñando la doctrina cristiana á las mujeres que acuden, no se sabe si á aprender tan útiles nociones ó por mor de las mantas, sábanas y ropas que son coronamiento del «curso».

Señoras que «habéis ustedes» protestado contra la tímida iniciativa del presidente del Consejo por la que se pretende llevar á las escuelas públicas la tolerancia religiosa que ya consta en la Constitución del Estado: De doce y media á una y media, el tranvía de los Cuatro Caminos sube lleno de mujeres pobres que llevan la comida á sus esposos, mujeres que en su mayoría asisten á la doctrina.

Subiendo por Hortaleza se encuentran ocho iglesias ó conventos ó capillas y tres subiendo por Fuencarral.

Si será eficaz la enseñanza de la doctrina, que ninguna de esas pobres mujeres se santigua al pasar por delante de la casa de Dios.

Y si no, con verlo basta.

EL ARRAEZ MALTRAPILLO

Allá se andan

Bryan, ex candidato demócrata á la presidencia de los Estados Unidos, dijo un día que los que no son cristianos, ni quieren serlo, forman el núcleo en que se reclutan los vagos, los criminales, los degenerados y los hombres que son para la sociedad antes una carga que una ayuda.

El *Truth Seeker* le contestó, no con torpes groserías como las dichas por él, sino con razones como éstas:

«Un tercio de los habitantes de los Estados Unidos se han declarado miembros de una iglesia cristiana, y ese tercio provee á la criminalidad de los tres cuartos de su total.

Total de los penados en los Estados Unidos y en el Canadá: 25.176:

Cristianos. 19.490 = 78 %

Judíos ó paganos. 510 = 08 %

De ninguna iglesia. 5.191 = 20 %

Población total de los Estados Unidos (1910): 91.972.267.

Miembros de iglesias (1910) 34.517.377 = 36 %

Miembros sin iglesia: 57.454.890 = 64 %.—Total: 100.

Criminales cristianos en los Estados Unidos: 17.711 = 75 %.

Criminales no cristianos: 5.662 = 25 %.

Luego no es el cristianismo lo que civiliza y mejora las costumbres.»

En esto tenemos más suerte en España. El catolicismo no mejora tan poco las costumbres, pero, en cambio, las perverte.

CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.	
Suma anterior.....	1037'07
Clemente Badia, (Berga)...	2'50
Centro Juventud Republicana, (Masalcoreig).....	10'00
José Balsells, (Esplugas Calva)...	3'00
Antonio Alberdi, (Placencia)...	1'10
Tomás Artigas o'10.—Francisco Andreu, o'10.—Ignacio Arnal, o'10.—Valeriano Armilla, o'10.—Florian Garcés, o'10.— Jorge Artigas, o'10.—José Ma- ría, o'10.—J. Graells, o'10.— Rafael Lomba, o'10.—Mariano Nuevo, o'10.—José Pastor, o'10.—Manuel Navarro, o'10.— —Patricio Artigas, o'10.—Ra- fael Lerín, o'10.—José Nuez, o'10.—Mariano Andrés, o'10.— —Florencio Artigas, o'40.— (Todos de Blesa).....	2'00
V. S. (Madrid).....	0'50
M. Carmona, o'25.—J. Carmo- mona, o'25. (Barcelona)....	0'50
Manuel Plaza, (Morón de la Frontera).....	1'00
Francisco López, o'50.—Anto- nio Ramos, o'25.—José Aragón, o'50.—Antonio Reguera, o'50.— —Manuel Angulo, o'50.—José Esquivel, 1'00.—Francisco Aragón, o'25.—Manuel Gue- rro, o'25.—Juan Gómez, o'25.—Francisco Val'ejo, o'25.— —Rafael Guerrero, 1'00.—R. G. P., o'50.—José Castro, o'50.— —José Flores, o'50.—José Za- mora, o'50.—José Solano, o'30.— —Tomás Yuste, o'25.—Fran- cisco Díaz, o'30.—Manuel Mon- tero, o'25.—Fermín Corrales, o'25.—Sebastián Rivera, o'25.— —Cesáreo Rivero, o'25.—Ca- vetano Pizane, o'25.—José Ríos, o'50.—Joaquín Gómez, o'25.—Juan Gómez, o'10.— R. C., 1'00. (Todos de Ubri- que).....	11'20
Juime R vera, (Suria).....	0'25
Tomas R. Ferré, (Villalba)...	1'00
Leonardo Gorochategui, (San- tander)	1'00
José Navarro (Agués).....	1'00
Manuel García (Barcelona)...	0'50
Juan Fornas, (Idem).....	0'50
Felipe Tura, (La Sallera) ..	0'10
Pedro Janer, (Idem).....	0'10
Antonio Palmero, (Huelva)...	1'00
José Izquierdo, (Idem).....	1'00
José Rayo, (Guilena).....	1'00
Victoria Man yado, (Madrid)...	5'00
Francisco Pellico, (Idem)....	2'50
Emerenciano Ortiz, (Campo Criptana).....	2'00

Suma y sigue..... 1085'82

Suma anterior..... 1085'82

Joaquín Sanchis, o'25.—Hono- rio Lloris, o'25.—Eleuterio Boix, o'25.—José María Ta- lens, o'25.—Lino Martínez, o'25.—Manuel Verdú, o'25.— Bautista Chisvert, o'25.—Vi- cente Casanoves, o'25.—Mariano Pascual, o'25.—Rafael F. r- nandis, o'25.—Aurelio Ing és, o'25.—Joaquín Valles, o'25.— Romualdo Boix, o'25.—José Sanchis, o'25.—Pedro Ortega, o'25.—Francisco Nuñez, o'25.— —Mariano Sanchis, o'25.—An- tonio Boix, o'25.—Salvador Lloris, o'25.—Julian Pons, o'25.—Agustín Crespo, o'25. (Todos de Alcudia de Carlet). Manuel Serrano, (Cazalla de la Sierra).....	2'00
Adelardo Lucena, (Idem)....	2'00
Emilio Giménez.—Ester Sou- sa.—Vicente Hidalgo S.—Fer- nando Fonseca.—C. de la Cor- te.—A. González López.—Vi- cente Hidalgo G.—José Hi- dalgo G.—Tomás Chozera.— Antonio Rodríguez.—Andrés N. y Reyes.—Ignacio Barros. —Francisco Aragón.—José González Cea.—José Granados Luque.—Lisardo Castell.—Ri- cardo García Resa.—José Ruiz Caro.—Antonio Ropero.—An- tonio Cadenas.—Angel Gallar- do.—Pascual Martino.—Ma- nuel Martín.—Antonio Zamo- ra.—Rafael Cabello.—Gibriel Martí.—Emilio Guillen.—Fer- nando Ramírez.—I. Sincho.— Morales.—Rafael Iñiguez.— Antonio Carrasco.—José Ro- díquez.—Manuel García.—Pa- blo García.—Fausto Gómez —Antonio Roman.—L. Gamiz Infante.—L. Urbano.—S. Car- denal.—Manuel Garrido.—En- rique Martínez.—Teodomiro Egurez.—Pablo M. rella Herre- ra.—José Santo.—Joaquín Fa- rratelli.—Antonio Muñoz.— Salvador Lirio.—José del Bar- co.—Mariano G. de Tejada.— Manuel Guerra.—Leonardo Velasco.—José Ruiz.—A. Iolfo Sánchez.—Manuel Hernández. —Manuel Pardo.—Antonio Ruiz.—Agustín V. guilla.—P. Rivas.—Plácido Delgado.— Lino García.—Rafael Burgos. —Manuel Lucenilla.—Antonio Birreda.—José L. Tigueros. —Antonio Navarro.—Jesús Pardo.—Antonio Mrtin. (To- dos del grupo de librepensado- res de Giordano Bruno de Se- villa).....	9'25
Francisco de P. Torras, (Co- ruña).....	5'00
E. E., (Bilbao).....	1'00

Suma y sigue..... 1110'32

Suma anterior..... 1110'32

Crisóstomo Bermejo, (Vez le- marban).....	1'00
Comité Unión Republicana, (Más de las Matas).....	15'00
Andrés Solá, (Barcelona)....	2'00
Ricardo Morales, (Madrid)...	5'00
Emilio Fernández, (Fuente del Moral).....	25'00
Juventud republicana. (Bar- gos)	10'00
Manuel Mosonera, (Lugo)...	5'00
José López Ríos, 2'00.—Félix Lunar López, o'50.—Rafael Pelejino Rodríguez, o'50. (Los tres de Nerva).....	3'00

Suma y sigue..... 1176'32

Un fraile matutero

Un fraile recién desembarcado del tren que acababa de conducirlo a Lugo, se presentó hace ocho días en la casilla del resguardo de consumos exhibiendo un paquete cerrado, en el que manifestó había solo unos cuantos libros.

Creyó el empleado en su palabra y el fraile siguió adelante su camino, pero al llegar al contra registro de la puerta de la estación, el dependiente allí de servicio, algo más desconfiado, ó conociendo mejor el personal, le obligó a desenvolver el famoso paquete á pesar de sus protestas, acompañadas según parece de ciertas insinuaciones, y en lugar de los consabidos libros aparecieron asómbrense nuestros lectores! cuatro botellas de aguardiente.

Las botellas quedaron decomisadas y el fraile matutero se marchó corrido á su albergue.

Se sabe que dicho fraile no ha sido alumno de ninguna escuela laica.

Fiense ustedes después en palabras de fraile.

JUAN EIREZ

Un maestro

«Un viejecito de andar vacilante y casi imperceptible, cuya débil contextura cubría una raída capa, marchaba silenciosa y quedamente por las calles, como si al peso de los años se hubiera añadido la abrumadora pesadumbre de las injusticias. En su mano apretujaba una carpeta.

El anciano venerable era un maestro de Escuela; la carpeta contenía una libreta de identidad, unas cuantas hojas encabezadas por compañeros suyos de profesión que, más afortunados, lograron alcanzar una escuela pública ó un colegio privado.

En la primera página un llamamiento á la caridad particular, una suscripción que se abre, un último recurso que se busca, una salvación que se desea, enerrada en los límites de un guarismo.

Tras de la excitación, vimos firmas y sellos de escuelas y colegios, maestros y

profesores: todos hablan contribuido con sus ochavos. El anciano en sus mocedades fué maestro; después logró una escuela en propiedad; siete años estaba frente á la misma y la enfermedad se cebó en él. El maestro perdió su cátedra: su esperanza tuvo un fin. La ley inexorable no le reconoció derechos pasivos y hoy camina encorvado, vacilante, quejumbroso y enfermo, visitando oficinas, centros públicos, locales en los que espera encontrar una mano dadivosa.

Setenta y tres años venerables y su honroso título pasean no el despojo de un sér, sino la vergüenza de una sociedad y de una clase; precisa que por el nombre de Valencia, por la dignidad del magisterio y por nuestro honor de ciudadanos, cese tal oprobio, acabe tan monstruoso hecho.

Las firmas que avaloran el documento dan veracidad y crédito á la demanda; los setenta y tres años, las canas y su pobre y venerable contingente, mueven á compasión; su título incita á la protesta y la rebelión contra una sociedad que tales espectáculos tolera. ¿Qué harán las autoridades?

¿Por qué no intervienen gobernador, alcalde y rector de la Universidad?

¿Por qué la Asociación del Magisterio público ó privado no extiende su protección al anciano, al desvalido, al enfermo?

Si es maestro, para auxiliarle; si es impostor, para detenerle en su camino.

Sea quien sea, que intervenga; sea quien sea, que evite que el hecho se repita; sea quien sea, que acabe con el oprobio y la vergüenza; sea quien sea, que no vuelva á cruzar las calles de Valencia el anciano que tras setenta y tres años de trabajos y desdichas, exhibe como única ejecutoria una libreta, cuyas firmas aseguran que aquel desdichado que se halla en el ocaso de su vida, ostenta el título de maestro de instrucción pública.

El Pueblo

Valencia.

Decálogo explicado

á los niños por un maestro

I

«El primero amar á Dios sobre todas las cosas.»

Dios es la verdad, la justicia y la sinceridad.

Pecan contra este precepto el clérigo y el católico que fingen ser lo que no son; que persiguen al inocente y que afirman saber lo que ignoran.

II

«El segundo no tomar el nombre de Dios en vano.»

Pecan contra este precepto los curas y beatos que abusan del nombre de Dios para todos los menesteres, lo profanan usándolo como etiqueta piadosa de sus iniquidades.

III

«El tercero santificar las fiestas.»

Se santifican con obras de caridad. ¿Cuántos curas ves en los hospitales, cárceles y hospicios haciendo el bien? Búscalos en las casas de los ricos... haciendo el mal. ¿A cuántos curas ves oyendo misa, asistiendo á las novenas, acompañando al viático? A los que cobran por hacerlo. Los otros, los hallarás en los devaneos mundanos siguiendo las pompas de Satanás.

IV

«El cuarto honrar padre y madre.»

Pecan contra él todos los frailes y monjas que abandonan á sus padres á la miseria y á la enfermedad, con la ficción de ir á cuidar los ajenos. De ellos dijo San Pablo: «son renegados de la fe y peores que los infieles.»

V

«El quinto no matar.»

Las guerras, la Inquisición, los fosos de Montjuich, los Requetés, toda la historia de la Iglesia es una matanza.

VI

«El sexto no fornicar.»

...Sguarda... é pasa...

«El Prefecto de la Provincia ha ordenado el cierre del Seminario de Trani por actos inmorales. Dos catedráticos han sido arrestados por haber abusado de un modo ignominioso de los jóvenes seminaristas...» (Noticia del día).

VII

«El séptimo no hurtar.»

En los países católicos, el pueblo trabaja y no come: el clero come y no trabaja. Vive, no de lo que tuda, según el mandato divino á Adán, sino de lo que sudan otros y él hurta...

VIII

«El octavo no mentir.»

En las cosas de la Iglesia no se halla una verdad por un ojo de la cara.

IX

«El noveno no desear la mujer ajena...»

El clero no tiene mujer propia... ¡y sin embargo, llovía!... Lluve en el campo ajeno.

X

«El décimo no codiciar los bienes ajenos...»

Testamentos, donaciones, obras pías, objetos de arte... ¡todos son bienes ajenos... que ha sustraído la Iglesia al pueblo... y todavía sigue intrigando para más!...

Resumen clerical

«Estos diez mandamientos se encierran en dos: todo para mí nada para vos»

EL DÓMINE CABRA

La melancolía de Judas

¿Cómo no pensar en él, ahora que le vemos escarnecido, ahora que le vemos colgado?... Entre todos sus hermanos de

apostolado, santos y sencillos, tal vez es el único que incita á misericordia. Porque desde el día en que los sabios nos hicieron saber que treinta dineros no pueden haber sido un aliciente bastante poderoso para obligar á pecar ni al más hambriento de los hombres, hemos tenido que buscar otros móviles á su crimen. Y esos móviles, diga lo que quiera la rutina, no son ni odiosos ni miserables.

Son decepcionadores nada más...

Pero ¿qué no lo es en torno de nuestro dulce taumaturgo de los rizos rubios? En cuanto uno trata de acercarse al cuadro del Calvario, todo causa terribles inquietudes. He aquí la cruz, la cruz cruel, la cruz deicida. Pues bien; la cruz es santa. He aquí los clavos que desgarraron las pobres manos acostumbradas al suave gesto de la bendición. Los clavos son sagrados. Y he aquí al hombre que, con la misma inconsciencia que los hierros y los leños, contribuye al drama; he aquí al que, como un maquinista sobrehumano, ejecuta la voluntad ineludible de Dios, provocando el desenlace. Este es maldito por los siglos de los siglos.

En nombre de la Justicia nada sería tan fácil como pedir la revisión del proceso del apóstol siniestro. Antes de pensar en delinquir, ya su destino criminal está trazado. Hablando con la magnífica voluntad fatalista de los que disponen á su antojo de los elementos misteriosos, Jesús le dice una noche de un modo indirecto:

—Tú me venderás.

Desde aquel minuto su responsabilidad queda abolida para los que creen en el poder absoluto de la divinidad. Pero aun suponiéndolo libre de alma, libre de acción, libre de energía, preciso es lavarle de la mancha milenaria que lo hace aparecer ante el mundo simplista como un traidor venal. Los treinta dineros, ya lo sabemos, eran algo así como quince pesetas de nuestra época. ¡Qué pequeñez! En cambio, las inquietudes de quien velase arrastrado por un sér que se llamaba hijo de Dios, rey de Israel y Mesías del mundo, tenían por fuerza que ser enormes. Yo comprendo perfectamente el estado de ánimo de aquel apóstol hablador y curioso, cuya charla sacaba de quicio al sencillote de San Pedro, interrrogándose á sí mismo sobre la realidad de su caso. «¿Soy un pobre hombre?»—se pregunta.—«¿Soy un inconsciente comparsa?» Y su orgullo, desde ese minuto, siéntese herido de muerte.

El gran escritor ruso Leónidas Andreiev, que ha estudiado la psicología de los apóstoles desde un punto de vista humano, es uno de los que con más fe creen en la sinceridad de Judas como cruel experimentador de misterios divinos. Lo que deseaba, según su propia expresión, era «aclarar el enigma y poner al taumaturgo en el aprieto de demostrar su poder sobrenatural».

De lo único que se podría acusar al apóstol diabólico, es, pues, de una ligereza extraordinaria y de una confianza imprudente. Induciendo al Maestro á ha-

cer un milagro para salvarse, lo exponía á una realidad que parecía imposible, pero que fué efectiva. Su ligereza no se le aparece tal cual es, sino ante lo irrefragable. «¡Cuán loco he sido!» exclama. Loco, en efecto, loco de inquietud, loco de curiosidad, loco de optimismo es el mal discípulo. Mas entre esta locura confesada y la desesperación que nos pintan los sinópticos, hay una distancia muy grande. «Una vez su experimento hecho —dice Andreiew— Judas no siente ni pena, ni placer, ni nada más que una inmensa melancolía ante las desilusiones de su confianza.» Con esa melancolía, en efecto, asiste á todos los actos del drama final, desde la primera audiencia de Caifás hasta la sublime agonía del Gólgota. Con la misma melancolía le vemos luego alejarse de sus amigos, de sus hermanos, de sus compañeros. Con la misma melancolía, en fin, le encontramos años más tarde cultivando un huerto en su pueblo natal, y recordando, quizás, la terrible desesperanza de su extraviada juventud.

E. GÓMEZ CARRILLO

Dialogo de actualidad

—¿Pero ha visto usted, don Lesmes, qué atrocidad. — Doña Angustias, ¿pues qué pasa? — Que el Gobierno liberal, que Dios confunda, se propone suprimir en nuestras escuelas públicas el Catecismo. — Señora, eso es una paparrucha, que, abusando del engrudo que tiene usted en la chinutria, le ha imbuido Fray Mamerto de la Merced. — ¿Usted duda de que el Gobierno proyecta esa maldad, que asegura Fray Mamerto, que está en vías de realización absurda? — No dudo; niego. — ¿Pero hombre! — ¿Pero, señora! — ¿En qué funda su negativa? — La fundo en que el Gobierno que actúa no suprime en las escuelas, ni en eso ha pensado nunca, la enseñanza religiosa que ejercer deben los curas; sino de lo que se trata es que de esa asignatura la enseñanza no se imponga á los alumnos y alumnas cuyos padres en la Fe católica no comulgan. — ¡Pues así y todo protesto! — Es una protesta injusta, doña Angustias de mi alma, porque con ella conculca la gran máxima evangélica, sabía, sublime y augusta, de «no quieras para otro» — es de suponer que nunca — «lo que para ti no quieras». — ¿Y á qué viene esa censura? — A que si á usted la obligaran, por intolerancia estúpida,

á que sus hijos católicos, que es como usted los educa, recibieran en las aulas las enseñanzas de una Religión de esas heréticas, como ustedes las titulan, siendo usted pobre y no rica para pagar la cultura y la educación de ellos en colegios de alta alcurnia, ¿no pensarla usted entonces, que sería una ley justa la que le librara á usted, mi señora doña Angustias, de la terrible zozobra de perder las almas puras de sus hijos aprendiendo doctrinas que á usted repugnan? Pues si para usted no quiere, señora, esas amarguras, el quererlas para otros es un pecado que abruma. — ¡Pero esta nación, don Lesmes, es católica! — Sin duda, y esa misma certidumbre nace la protesta injusta. — ¿Por qué? — Porque si el Gobierno declara, como se anuncia, que la Religión no es obligatoria en las públicas escuelas, ¿qué mal se teme? Cuantos alumnos y alumnas asisten á ellas hoy, de seguro no renuncian — por disposición paterna — á recibir las augustas lecciones del Catecismo. — Pero puede haber algunas familias que si renuncian á que sus hijos se nutran de católicas doctrinas... — Con igual derecho, en suma, que las otras que de Cristo en la santa fe comulgan. — ¡Escándalo! ¡Vituverio! — Sin motivo se sulfura. — ¿Cómo sin motivo? — Claro, sin razón; pero la culpa la tiene el Gobierno, que, temeroso de las brujas, como usted... sabe, se encoje, se amilana, se atribula, y en vez de prohibir en firme que haya en las escuelas públicas enseñanzas religiosas, sin exceptuar á ninguna, se limita á declarar libre tal asignatura, que es igual á tener tos y bailar una mazurca. — Está usted endemoniado. — Y usted loca furibunda. — ¡Dios le perdone, don Lesmes! — ¡Dios la salve, doña Angustias!

CARRACUA

El Cantábrico.

Así se discute

He recibido las dos cartas siguientes:
Sr. D. José Nakens.
Muy señor mío y admirado escritor:
Ciertas apreciaciones á mi parecer infun-

dadas, me inducen á remitir las adjuntas cuartillas, que ignoro si usted las considerará dignas de publicación. Entiendo que no; pero ello me afirmará una vez más que en España no es posible salga á luz todo trabajo que obedezca á un juicio imparcial, á no ser que sea debido al dueño ó director del vehículo de publicidad.

Queda de usted affmo. admirador,
ALBERTO HERRERO

Si D. Alberto Herrero llegó á dudar por un momento de que EL MOTIN rechaza toda influencia ilegítima, no fué justo.

Si ha escrito la carta en la creencia de que aquí se publica todo cuanto puede servir á la depuración de la verdad, contra todo error, propio ó ajeno, ha acertado en su juicio.

EL MOTIN no es un boletín eclesiástico, cerrado al enemigo, ni mucho menos al amigo, y no niega albergue á las rectificaciones que, como la del Sr. Herrero, vienen dentro de las formas de la corrección polémica.

Y dicho esto, cedo la palabra al señor Herrero para replicar al escrito de referencia.

Carta abierta

Para S. P. O.

No es mi ánimo entrar en recia discusión. Mi escasa competencia y ser mis ideas algo anticlericales me lo vedan; pero debo llamar su atención hacia un hecho que no puedo menos de extrañar le haya pasado inadvertido. Es sencillamente, que el Instituto Geográfico y Estadístico, en el tomo 4.º del Censo de población de 1900, volumen 3.º, en la rúbrica «Cultos» número 49 (b) «Clero católico regular», consigna 12.142 varones y 42.596 hembras.

Estas son cifras que difieren como usted ve muy poco de aquellas otras que tan maliciosamente supone fueron sustraídas al conocimiento del público, ese señor, rey y pagano de estas ó aquellas publicaciones.

No tiene el Instituto por qué ni para qué callar la elevación de ciertas cifras, y pensar cosa semejante es querer empujarse su labor. Lo que ocurre, Sr. Peyr-deix, es que una «Reseña», como trabajo estadístico pertenece á los que reciben el nombre de datos recopilados, y su responsabilidad la asumen los autores, de ningún modo la Corporación, que es responsable de aquellos cuya elaboración ha dirigido.

En todo trabajo de recopilación, el autor, además de indicar las fuentes del trabajo, debe señalar las deficiencias que en él hubiere observado. Estos y no otros son los requisitos que deben guardarse, sin que sea misión del autor ó autores buscar trabajos secretos que sólo existen en cerebros apasionados, y por ello en algunos momentos algo ofuscados.

Tranquilícese el Sr. Peyr. El Instituto pronto dará final á la clasificación de habitantes en 1910, y en esa clasificación podrá comparar cifras con cifras, lo que en resumen es la justa aspiración de usted.

Por lo demás, la Estadística está convencida de que sus ocultaciones á nadie benefician, porque, si existen, habrá una fuerza oculta cuyos resultados han de sentirse en la sociedad. Este hecho no pueden sus traerlo clericales ni anticlericales, ni usted ni yo.

ALBERTO HERRERO

Y ahora tiene la palabra Pey Ordeix para rectificar.

Para Alberto Herrero

No hay motivo de discusión. Estamos conformes en el principio moral que debe regular la Estadística: la verdad desahogada. Su ocultación ha de ser siempre en perjuicio de la sociedad y en beneficio sólo de los ENEMIGOS de ésta.

Sobre lo cual, nuestro acuerdo es completo, tanto con el señor Herrero, como con el Instituto de quien se dice profesor igual principio.

En consonancia con esta ley venga la verdad religiosa de España, sin ocultación ni embolismo, que es lo que el Instituto pretende y lo que el país necesita.

Estadística de católicos de lengua y de palabra: de criminalidad religiosa: de riqueza eclesiástica y monástica: de beneficencia y maleficencia: comercio exterior con el cielo y con el infierno: españoles que se salvan y que se condenan: almas del purgatorio que entran y salen y dinero que cuestan: cera que se emplea en alumbrarlos; etc. etc., cuentas todas estas que deben figurar en primer término en el Mayor de un estado católico.

¿De veras tendremos la verdad escueta en el próximo tomo del Instituto?

Pues lo estamos esperando y haremos justicia. Lo primero que podemos hacer por el bien y honor del Cuerpo, es traer al público callejero sus estudios y realzar su importancia, discutiéndolos, aunque sea censurándolos.

Estas censuras y aplausos han de ser el estímulo y premio de los oficiales del Cuerpo y base del Instituto, cuyos trabajos pasan harto inadvertidos, cuando ellos deben ser los que nos den la medida del pulso de la vida nacional.

De esto deben estar convencidos sus individuos, cuyo buen criterio sabrá ver en nuestra crítica una colaboración eficaz a sus propósitos y objeto.

Dos insinuaciones hace usted, Sr. Herrero, que debo subrayar. La *suposición maliciosa* que me atribuye y la existencia fantástica de los documentos que cité en mi artículo.

De la realidad de estos respondo yo y responden las pruebas que exhibiré ante requerimiento más autorizado si viene.

La «suposición» no cabe, cuando señalé concretamente los datos utilizados en mi estudio.

Usted invoca el censo del año 1900; la crítica versaba sobre el año 1910, según el extracto publicado en *El País*, que prometió volver sobre el asunto.

¿Que no hay *sustracción, ocultación* de datos al pueblo, pagano oficial de todos los desastres y mentiras?

Prueba al canto. El libro de Religiosos existentes en España en 31 de Diciembre de 1900, después de estar impreso, no se dió a la publicidad. Yo lo he pedido en varias bibliotecas públicas obteniendo

siempre la misma respuesta: «desconocido». Dígame, si no, dónde se halla al alcance del público.

¿Que el Instituto no ocultará nada? Así sea, y que lo sepa todo. Para esto fué engendrado y nacido. Y aquí estamos esperando sus notificaciones y dispuestos a celebrar debidamente los grados de su ciencia y de su sinceridad, con la *malicia* forzosa a que nos tienen condenados los organismos oficiales de nuestro estado pontificio. ¡Venga la verdad estadística!

Será el libro más revolucionario que puede escribirse sobre la desgracia de la patria española, llena de caminos hacia el cielo y hacia el infierno y de fuentes bautismales, y falta de aguas potables y de carreteras. Llena de piscinas-confesorios para lavar las almas y sin un maldito balneario donde quitar la roña de los cuerpos.

¡Vengan estadísticas verdaderas, y basta luego!

S. PEY ORDEIX

El párroco de Mondariz

Valentón con sotana.—Panadero con solideo.—Abefetea a una mujer.

El suceso aconteció en Febrero último; más como en Madrid no se conoce, voy a contarlo.

Empezaré por copiar algo de lo que ha dicho «El Tea».

Ahí va el relato:

«Como el Ayuntamiento parece ahora dispuesto al derribo de la casa que falta para terminar el ensanche de la Plaza, una muchacha (Carmen Gregores), que en una de estas casas vive, trató de buscar albergue, y al efecto dirigióse al famoso párroco solicitando alquilar la casa de la rectoral que aquél no ocupa. Aquel dijo que sí y que la muchacha fuese al día siguiente a su casa para saber el importe del alquiler y cuando podría hacer el traslado. Fue, llamó y dijo «veñ a saber el m' alquiler a casa». No, he acordado otra cosa, dijo al páter; a lo que contestó la muchacha (enemistada con el ama y suponiendo que ésta había ejercido presión con el cura): non son palabras d' nome serio é están en contradicción o o que predica, polo vista alguien lle fixo cambear de parecer». Nunca dijera tal; vouche rompe a cara, dice, «n'a sua casa non, bárame onde vexa xente», replica la chica, y efectivamente, sale el «valiente» y comienza a puntapiés y bofetadas en la joven hasta el punto de hacerla echar sangre por la boca.

Queridos lectores: Ahí tenéis la función de esta semana, ya véis que es edificante; un párroco pegando a una pobre mujer. No hacen falta comentarios. Tratándose del valiente de Mondariz ya todos sabemos quien es. ¿Si este señor pagará también a sus empleados para que den el pan frito de peso? Porque, naturalmente, hacen lo que é: manda, por algo dicen que hay justicia, aunque usted irónicamente dice que le van a llevar a la cárcel. ¡Claro! de sobra sabe que no hay médico que certifique los golpes, ni quien castigue el atropello presenciado por muchos vecinos; ¡como que era día de mercado!

Hermanos, seguirá diciendo, no seas avarientos, protégel lo mismo a los ricos que a los pobres, porque haciéndolo amáis a Dios. —Evangelio de San Pablo, etc.

Recordemos ahora que el «valiente» dijo al Sr. Agüelles: «vouche a romper a cara», y el aludido contestó: «lo hará con algún infeliz ó con borrachos; a mí no, que tengo bigote y usted no lo tiene. Y cuando hay

quien así contesta ya es otra cosa, pero con mujeres... los valientes...»

Hasta aquí «El Tea». Como hay en su relato algo que no entenderán bien los lectores de *El País* que no sean de Mondariz, vamos a hacer la semblanza del párroco.

Es alto, grueso, con panza. Suele llevar de diario sotana algo mugrienta y sombrero de paisano, un sombrero de los que aquí llamamos de «porqueiro» (tratante en cerdos). Su ama, D.ª Salud, es gruesa, barriguda también; pero más baja que el párroco.

Es jaqu, valentón el párroco. Ya hacía tiempo que no daba espectáculos como el del 23 del pasado. Ha pegado públicamente, que recuerde, a una pobre borracha llamada Socorro; a Luis Blanco, ya difunto, aigo viejo, mayor que el cura cuando éste le pegó.

El párroco ha sido tratante en pescado y es ahora panadero. Rige una panadería y ha organizado el «trute» de todas las panaderías locales. Sólo una trabaja independiente de ese «trute».

Lo más pintoresco que ha hecho el famoso párroco es obligar a las solteras que tenían un hijo natural a regalarle una gallina, a la cual daba al nombre de la donante. Era cosa de oírle llamar con nombres de mujeres a sus gallinas.—Ponte d' Ornos.

Mondariz, Marzo 1913.

El País.

El Ramadán católico

¡Pobre Cuaresma, y cómo has quedado al cabo de tus siglos, por culpa de las malditas ideas liberales!

Te representan por medio de una mujer vieja y flaca, no sin propiedad, que una estantigua social eres, y tan flaca te vemos, que ni sombra de tu antigua lozanía se te puede llamar. Has quedado reducida a tu mínima expresión.

En los buenos tiempos consistía el ayuno cuaresmal en comer sólo una vez cada veinticuatro horas manjares llamados de vigilia (quiere decir, víspera ó velada anterior a una gran fiesta, porque en esas vísperas se prohibía el uso de carnes).

Agua, la que se quisiera, mas no otro líquido con visos de alimenticio. Así veinticuatro horas durante cerca de siete semanas. Los domingos de Cuaresma se podía comer carne, pero no mezclarla con pescado.

Y para más entenebrecer la existencia, ni diversiones de ningún género, ni negocios que no fueran muy precisos. El día y parte de la noche se pasaba en procesiones callejeras luctuosas, entristecidas con cánticos macabros; en sermones, también en las calles y plazas; en penitencias brutales y ejercicios piadosos dentro de los templos.

No había excusa ni apenas medio de evadirse. Los esbirros de la Inquisición y los del rey andaban de casa en casa husmeando el olor de los guisos de carne, de donde viene la frase: «Andar oliendo donde guisan»; unos á otros, los vecinos se espiaban para delatar al que se atreviera á comer carne ó á permitirse más de una refacción al día.

Las penas impuestas por los reyes eran diversas, pero no flojas; en unos lugares se cortaba la lengua, en otros las orejas ó una mano; aquí se aplicaba el tormento de la rueda; allá se quitaba la vida y se confiscaban los bienes, á favor, por supuesto, de la Iglesia; y así otras suavidades cristianas.

Daba gusto aquello; y el clero tan contento predicando en la Cuaresma el salvable exterminio de los herejes y de los

judíos, cuya matanza invariablemente se había de verificar el Sábado Santo.

Estas prácticas explican las locuras que se dejaba cometer á las buenas gentes pías en los tres días de Carnaval, como por vía de despedida al vivir ordinario, y que á ese tríduo le llamaran *Carnes tollendas*, frase latina que significa: «Las carnes deben ser ya retiradas», pues lo eran el martes, para comer de vigilia desde el miércoles de Ceniza. Igualmente justifica una severidad tan grande las bárbaras y sangrientas expansiones de la Pascua.

Dirá alguno que, en fin de cuentas, la Cuaresma no era más que una calamidad impuesta por el clero, y que por un bien muy discutible como es la abstinencia moderada por unas semanas, se ocasionaban infinitos males positivos y atroces. A lo cual los católicos de hoy se verían negros para responder satisfactoriamente; los de antaño respondían á coces y bocados, manera cómoda y evangélica de deshacer objeciones, usada todavía por nuestros amables neos.

*
**

Alegra los corazones considerar cómo ha sido vencido el catolicismo por la razón humana, por obra de la idea liberal.

Ver abiertos y llenos los teatros en Cuaresma, aunque sea en los viernes; rebosantes los cafés; concurridas las calles; en actividad los negocios; la gente quitándose de las manos, no las disciplinas ó los libros devotos, sino los periódicos y revistas; ni una procesión, ni un cortejo de disciplinantes; prohibida esa bestial penitencia en la bóveda de San Ginés; exuberante la vida normal despreocupada y alegre, ¿no consuela é infunde gratas esperanzas?

Si que aún quedan restos de lo pasado: unas cuantas misiones, á las que asiste alguna gente por curiosidad, ¡y qué gente! Cochés y automóviles que hacen cola á la puerta del Sagrado Corazón (calle del Caballero de Gracia), á la del Servicio doméstico (calle de Fuencarral), y ante las monjas mundanas y jesuitas de la calle de Torija (con vuelta á la de Fomento), por que en los tres sitios dan ejercicio los jesuitas. Pero el número de asistentes es exiguo, exiguo y nada intelectual. ¿Qué significa todo eso frente á la multitud inmensa que, desdeñando preocupaciones ranchas de una religión muerta en la conciencia universal, hace su vida sin cuidarse de ayunos ni penitencias?

Comparemos el ayuno actual con el antiguo. La Iglesia, forzada por la ley terrible del desuso, ha tenido que reducir el ayuno á proporciones homeopáticas, bien que cobrándose con el importe de las bulas.

El que las tiene cumple con el precepto de ayunar, comiendo á primera mañana dos onzas de manjar que no sea carne ni pescado, aunque alimento más que una y otro. Al medio día, una comida de carne como la de costumbre en todo el año, pero sin mezclar con pescado; por la noche una colación de ocho onzas de alimentos que no sean animales; entre comida y comida se puede tomar café, un chocolate sorbido, leche ú otro licor; se puede fumar... ¿Qué ayuno es éste? Ni sombra del primitivo; una simple fórmula, nada.

Pues bien; no lo observa nadie, tenga ó no bula; lo general es abstenerse de carne los viernes de Cuaresma y dos días en la Semana Santa. Los fanáticos son los que aún ayunan, pero con las mitigaciones referidas: total, cero ayuno.

Perdieron su razón de ser las *Carnes tollendas* y los escarceos pascales; el entierro de la sardina, cuando ella debe comenzar su reinado en la mesa, constituye un sarcasmo sangriento en las barbas del cle ro; equivale á decirle: la carne es lo que tú mandas enterrar, pero te jo...robas, que ya no tienes Inquisición, ni corchetes, ni tropas del rey, ni reyes esclavos tuyos; y para probártelo, enterramos ese pescadito que nos mandas comer.

Tiene esta burla su historia, que muchos ignoran. Cuando los esbirros andaban oliendo los guisados, muchas familias asaban sardinas cerca de sus puertas, para que su tufo, muy pronunciado, ocultara el vaho de los pucheros en que se cocía la prohibida carne.

Enterrar esa sardina fué el primer trágala del espíritu humano á la tiranía del catolicismo: ya no necesitamos cubrir con el olor de la sardina tostada el de la carne que se cuece: te hemos vencido, Iglesia.

Y eso es, por fortuna, á Dios y al liberalismo gracias, la Iglesia católica, pese á todas las reacciones y clericalismos posibles, sólo temporalmente: una vencida por la razón del hombre. *Gaudeamus* y comamos lo que nos dé la gana.

JOSE FERRANDIZ

Cuentos de cuentos

La obra del sabio

El anciano, rodeado de libros modernos, *papiros* y *palimpsestos*, terminaba sus estudios acerca de la Humanidad.

Habíase recluso, para convivir con la Naturaleza, en un castillo desde donde dominaba vegas floridas y pintorescas, y lejana, difuminándose en la distancia, la ciudad monumental, emporio de la ciencia y de las artes bellas.

En las torres elevadas, las águilas hacían el nido gigantesto como en eras remotas de barbarie lo formaron, y abajo, el hombre se adelantaba á los siglos en su sabiduría.

Dejaba en la tierra como estela de su vida, enseñanzas educadoras de la Humanidad, mientras las águilas perdían el rumbo por las sendas que trazaron en el aire sus padres de la edad primaria.

El hombre volaba como ellas, en monstruosos aparatos, poseyendo el espacio, haciendo terminar el reinado del ave gigantesca: que era acabada la misión de los reyes y los dioses en la tierra, en el aire y en los cielos.

El anciano adquirió con la ciencia esa plenitud de conciencia que reverbera tranquilidades en la lucentísima mirada, diciendo al sosiego espiritual nacido de las bellezas del saber.

Los años de estudio lleváronse la negrura de sus cabellos, nimbando la cabeza patriarcal áureo resplandor de majestad.

Oyó pasos firmes en los corredores del castillo, llegando á él acompasados, una tarde primaveral, cuando blandamente tibias jugueteaban en el bosque de sus lenguas barbas, brisas perfumadas, que tenían como recreo los jardines, como morada el espacio, como arrullos á su belleza cantos de pájaro y risas de niño.

Llegó un señor de rastreada espada y traje arlequinesco, saludó al anciano y glorioso despreocupado.

La guerra batía sus alas de bestial dra

gón, lanzando á los hombres en vorágine horrible al batallar fratricida.

Las masas vociferaban peticiones cruentísimas; sus ansias de matar eran aulladas en las grandes avenidas de la ciudad; elevaban amenazadoras las cerradas manos en crispación horrible, alzábanse los pies, anhelantes de aplastar, de tornarse rojos en la sanguinolenta masa carnal del enemigo muerto.

Era una manada de perros feroces próxima á convertirse en lobos.

¡Oh! El honor nacional, el de la masa armada, ofendidos; escarnecidos la religión y nuestros sagrados Poderes.

Si nos lanzaron á la muerte ministros sin conciencia, gobernantes carentes de inteligencia, se sucedió el insulto...

Que si unos hombres nos lanzaron á la muerte, rigen la nación, y deben quedar sin hijos los padres, sin brazos los campos, misero el país, pobladas las tierras de tristes hierbas y erizados espinos, y los espíritus de dolor.

La gloria sería traída por las armas.

El sabio protestó.

Las enseñanzas de los libros muestran insensatas las salvajes eras de las luchas perennes. Ahora, reconocida explícitamente su barbarie, humanizan los destructores elementos. Léanse millares de volúmenes y se odiará el combate. ¡Paz sagrada para los vivos, siquiera las cenizas de quienes murieron sean exparcidas por los vientos del Progreso!

Terminaba una obra demostrando á los humanos la sinrazón de la razón guerrera, quedando en ellos la convicción; las matanzas legaríanse como curiosidad de lo pretérito á las generaciones venideras.

El padre no era culpable de los horrores de aquellos torpes gobernantes.

Era ya un sabio el hijo del anciano, y prestaba su intelectualidad al bien de sus semejantes.

¿Qué tesoro perderían con su vida!

¿Moriría? ¿Mataría?

En el fondo de su conciencia, se definiría más crimen el fratricidio que el auto asesinato?

Oyóse tropel de caballos distanciándose lentamente del castillo.

El visitante marchó taconeando reciamente, dejando al anciano desde la ventana despedir á su hijo, ya en la llanura, con sollozos que eran quejas, con suspiros que eran besos.

El arroyo del amor terminaba su vida, ocultándose en la barba de plata.

.....

El anciano terminaba la obra inmensa.

Si la ausencia del hijo adorado no le hiciese llorar, sería infinito su contento.

Paseaba su vida hasta la ciudad descansando de la lectura del manuscrito, en la ventana desde la que despidió al ausente cuando fué llevado á las batallas.

Vió en la llanura, surcada por fáciles caminos, millares de personas rodeando á los vencedores, que, astrosos, famélicos, renegridos, tornaban de los lejanos campos del combate.

Brillaban las aceradas armas, daban sus colores las vestiduras, y oíanse músicas, delirantes voces de victoria de las muchas dummies ébrias de entusiasmo.

Los campesinos abandonaban el trabajo y unían sus voces al conjunto inmenso.

—Señor,—dijo uno entrando en la habitación del anciano—, vuelven victoriosos.

—¿Y mi hijo?

—Dicen... que ha muerto.

El sabio, que apoyado en el alféizar de

la ventana sostenía las hojas sueltas del manuscrito, sintió hondísima conmoción, y dejándolas caer al vacío, se exparcieron como blancas palomas, descendiendo pausadamente hasta la vega.

—¿Cuántos hombres murieron?—preguntó sollozando.

—Dos, cuatro, seis, diez mil.

—Ni las lágrimas de sus padres apagan el fuego brutal de su entusiasmo. Ciudadanos,—apostrofó á la multitud,—sois bestias idolotrando la fuerza: no gritéis alborozados, llorad vuestra imbecilidad.

Y en brusca transición, llegando al paroxismo del dolor, cayó su cuerpo anciano en una silla, y humedeciendo el suelo con su llanto, gimió tristísimamente:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

AMADEO ANTON

CLEROMANIA

Se ven cosas muy raras en este mundo.

Hay quien ha nacido para estanquero y se empeña, sin embargo, en que ha de inventar una máquina para hacer estera de cordelillo y otra para rascarse la espalda sin ayuda de nadie.

Hay quien tiene una voz lindísima de tiple *sfogato*, y en vez de meterse á cantor de iglesia, coge los trastos y se va á la plaza del Puente de Vallecas á matar novillos.

Conozco á un sujeto que quiere ser tenor á toda costa y se pasa el santo día de Dios cantando zarzuelas, con perjuicio de su salud. En su deseo de atacar las notas agudas, el hombre hace esfuerzos inauditos; y el otro día se le rompió una vena del cuello al dar un si natural y se le soltaron todos los botones del pantalón delante de unas señoras.

Ahora se dice que un simpático banderillero está á punto de abrazar el estado eclesiástico, sustituyendo por la corona la clásica coleta.

Siempre habla tenido nuestro torero tendencias eclesiásticas y se observaba que, al citar al toro para la suerte, decía con religioso acento: *Oremus*, y después le clavaba las banderillas en cualquier parte.

Jamás pisó el redondel sin saludar antes al *Buñolero* con las palabras del ángel: *Ave-María*; y si tenía que hacer un quite, se santiguaba con una mano, y con la otra echaba bendiciones á diestro y siniestro. Después extendía el trapo, diciendo fervorosamente:—*Dominus vobiscum*.

En su afición á las cosas sagradas, llamaba *acólitos* á los monos sabios y confesor al puntillero; para él, las banderillas eran hisopos; las picas cirios y el presidente pendón de cofradía ó manga parroquial.

¡Cuántas veces se le oía decir, dirigiéndose al cornúpeto: «¡Anda, embiste, presbítero!» Y era que, al verle tan gordo y vestido de negro, creía estar en presencia de un cura párroco amigo suyo.

Poco á poco comenzó el banderillero á perder la afición á las tripas, mondon-

gos y demás incentivos de la lidia, y ya no vió más que novenas, beatas, sacristanes y bonetes por todas partes.

—¿Vienes á echar unas copas?—le decía un compañero de arte.

—No; voy á echar un Padrenuestro—contestaba él agarrándose al escapulario.

A la última corrida en que tomó parte asistió por compromiso. Su pensamiento estaba en la sacristía, y por querer poner un par sesgando á un berrendo del duque, por poco se lo pone á un municipal que estaba en la barrera, sólo porque le oyó echar un taco.

A la vuelta de dos ó tres años, el diestro figurará entre los más doctos canónigos ó entre los sufragáneos más aplaudidos. Y será de ver cómo echa la bendición dando las tablas al feligrés ó quebrando en la cabeza á la devota.

Como por desgracia hay pocos curas en este país, todo lo que sea aumentar brazos para cultivar la viña del Señor y sacar almas del purgatorio es siempre conveniente para el vecindario. ¡Cuántas veces anda uno buscando quien le diga una misa por dos pesetas, á ver si sale del purgatorio algún amigo difunto, y no parece un clérigo disponible!

Siguiendo el santo ejemplo del joven taurino, muchos otros jóvenes se dedicarán á eclesiásticos, y dará gusto ver esas calles llenas de sombreros de teja.

Habrà quien sea corista y además sacerdote, porque todo puede hacerse compatible en este mundo; y no ha de faltar algún sujeto que por la mañana diga misa y por la noche cante peteneras en el café *Imparcial*.

Por más que algunos digan lo contrario, hay mucha gente religiosa en este país y el número de presbíteros va aumentando de día en día. Yo tuve un amigo que era tenor cómico, y se escapó á Lima con un traspuente. Allí se les formó causa por escándalo público y por desaparición de un pañuelo de alfombra, perteneciente á una pupilera.

Pues bien: el jueves me encontré al tenor cómico en la calle de Carretas, con traje talar, y al verme me dijo:

—Aquí me tienes otra vez en clase de clérigo.

—No sabía una palabra.

—Pues sí; me he metido á esto porque se me acabó la voz y se me murió el traspuente.

—¡Cuánto lo siento!

—Si quieres algo, no tienes más que avisarme, y te diré las misas á precios arreglados.

Nada tendrá de extraño que más adelante haya tenderos de comestibles que además sean presbíteros, y tendrán tienda y sobrepelliz, todo en una pieza; de suerte que cuando nos haga falta alguno, diremos á la criada:

—Vete á la tienda del señor Juan, y que te dé una libra de velas y de paso que venga á confesar á la señorita.

LUIS TABOADA

Bibliografía

Dos años en América, por Eduardo Zamacois.

Es Zamacois uno de los escritores que mayores simpatías disfrutan entre el público letrado, y esto, que lo saben muy bien los editores, hace que tan popular literato publique libros con tanta frecuencia, sin que lo copioso de su labor merme un ápice la valía de sus producciones.

Dos años en América es uno de los libros más deliciosos, bien escritos é interesantes de Eduardo Zamacois. En las páginas de este nuevo volumen nos cuenta el autor sus impresiones de viaje por Buenos Aires, Montevideo, Chile, Brasil, New York y Cuba, con tales perfecciones de observación y sincera veracidad, que el ánimo del lector queda, desde el comienzo, cautivo de la lectura.

No es fácil señalar en qué capítulo son más acertados sus estudios y observaciones, y sobre todo en cuál de ellos sobresale el arte exquisito del psicólogo, pero si podemos recomendar á los que por primera vez abran el libro que lean con cariño un episodio de emoción dulce y sencilla, como la que despierta en nosotros «La cuna», bella impresión de la infancia, intensamente sentida.

Dos años en América, editado por la Casa Mauco de Barcelona, forma un tomo de nutrida lectura, con acertada cubierta del insigne artista Romero Calvet y se vende en todas las librerías al precio de una peseta.

De los señores F. Sempere y Compañía editores de Valencia, hemos recibido las siguientes obras:

Las piedras de Venecia, por John Ruskin, con un extenso prólogo de Ramón Gómez de la Serna, titulado *John Ruskin el apasionado*.

Forman esta preciosa obra dos abultados volúmenes y nos creemos relevados de exponer juicio sobre la misma, pues Ruskin alcanzó renombre universal como crítico de arte.

La traducción de esta obra de Ruskin y de las otras del mismo autor que en breve publicará dicha casa, está hecha por la cultísima escritora Carmen de Burgos (*Colombine*), quien ha realizado una labor concienzuda, y por ello debemos felicitarlos todos los amantes del arte.

Alrededor de la Filosofía, por Arturo Schopenhauer.

De este autor son varias las obras que lleva edita la citada casa, la cual se propone publicar en breve todas las que restan.

Italia, por Enrique Heine.

Después de *Los dioses en el destierro*, ésta es la más importante de las obras en prosa de Heine, y sentimos no disponer de tiempo ni espacio para hacer siquiera un somero estudio de las obras de este autor tan fecundo, que fué considerado como el rey de la sátira.

Los editores valencianos acostumbran á darnos sorpresas, pues nunca creíamos que en bibliotecas económicas se publicaran obras de la importancia de ésta, así como las de Ruskin y Taine, y por traductores que gozan de justo renombre. Las obras de Heine publicadas por los Sres. F. Sempere y Compañía las ha traducido Pedro González-Blanco.

Todas estas obras llevan en la cubierta el retrato de su respectivo autor.

IMPRESA DE DOMINGO BLANCO-LIBERTAD 31